

EL ACOSO

(Una *tragedia* posmoderna de amor)



MILAGROS MATA GIL

Colección Perséfone



1 Milagros Mata Gil: **El Acoso**

EL ACOSO

(Una tragedia posmoderna de amor)

Milagros Mata Gil
Editorial Ítaca
Colección Perséfone



2 Milagros Mata Gil: **El Acoso**

EL ACOSO

@ Milagros Mata Gil

@ Editorial Ítaca C.A. 2021

email: editorial.itaca.56@gmail.com

Caracas, Venezuela

ISBN:

Depósito Legal:

Categoría: **Novela**

Coordinación y producción editorial: **Milagros Mata Gil**

Administración y asuntos legales: **Eziongeber Álvarez Arias**

Diseño y diagramación: **Milagros Mata Gil**

Composición de la portada: **Milagros Mata Gil**

Fotografía de la contraportada: Juan Raydán

Asesoramiento editorial: **Golcar Rojas y Roger Michelena**

Todos los derechos reservados. El contenido, diseño editorial y diseño gráfico de cubiertas e interiores no deben ser usados en ninguna forma sin el permiso escrito del autor.

Impresión por demanda

editorial.itaca.56@gmail.com

Este texto narrativo debe mucho (aunque ellos no lo sepan) a dos personas: Luis Guillermo Franquiz y Tibisay Vargas Rojas. Coincidencialmente, ellos viven en la misma ciudad, lejos de donde estoy, y no nos hemos visto nunca, pero nos encontramos con frecuencia en el ágora de Facebook (gracias, Mark!) A ellos les estoy muy agradecida y algún día diré por qué.

Sin embargo, voy a dedicarlo a Néstor Rojas, quien hace años, cuando éramos compañeros de viaje, me dijo que yo era incapaz de escribir una novela de amor debido a que era demasiado racional. Por otra parte, y por pagar una cuota de la deuda de gratitud (impagable, como suelen ser las de esa clase) lo dedico a Janett Figuera de García, Yadira Córdova, y Angie Torres, mujeres que me han enseñado cada día lo que significa el espíritu del cristianismo verdadero, con su carga de amor y solidaridad y comprensión.

Contenido

RESUMEN	9
LA TRAGEDIA	11
PROSCENIO	15
I	23
LA PROTAGONISTA	23
(Acusada).....	23
EL CORO.....	23
I.....	24
EL CORO.....	25
EL CORO.....	29
II.....	30
EL CORO.....	32
EL CORO.....	34
III.....	35
EL CORO.....	41
EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO	42
EL CORO.....	45
IV.....	46
EL CORO.....	50

V.....	50
EL CORO.....	51
VI.....	52
EL CORO.....	54
EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO	55
EL CORO.....	56
SMSs	57
(LOS AMOROSOS).....	57
EL CORO.....	75
EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO	75
VII.....	76
EL CORO.....	76
LOS SUEÑOS	78
EL CORO.....	81
VIII.....	82
EL CORO.....	82
EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO	84
EL CORO.....	85
IX.....	86
EL CORO.....	88
X	89

XI.....	95
XII	99
EL CORO.....	101
EL CORO.....	104
XIII.....	105
EL CORO.....	107
II.....	113
DEUTERAGONISTA	113
(El Pastor)	113
I.....	113
EL CORO.....	114
II.....	115
EL CORO.....	118
III.....	120
EL CORO.....	124
IV.....	125
EL CORO.....	128
V.....	129
EL CORO.....	135
VI.....	135
EL CORO.....	139

VII.....	139
VIII.....	140
EL CORO.....	143
IX.....	143
EL CORO.....	145
X.....	146
EL CORO.....	151
ÉXODO	152
EL CORO.....	153
EDITORIAL ÍTACA C.A.....	167
COLECCIONES	170
CONTACTO.....	171

RESUMEN

En la frontera de la ancianidad, un hombre y una mujer se encuentran y se sienten violentamente atraídos y envueltos en pasión erótica. Pero esa relación es imposible: él es el pastor de una pequeña iglesia cristiana evangélica, casado, con hijos y nietos, y ella, una respetable feligresa. Cuando están sumidos en ese mar de dudas, en el borde del abismo, pero sin caídas, comienzan a intervenir los mecanismos de control social y él, como Adán, deja que las culpas caigan sobre la mujer, aunque desgarrándose interiormente y para siempre.

Para los que, haciendo uso de la literatura, nos dedicamos a contar historias, si ellas son o no verdaderas no es, ni será nunca, un problema. Porque sólo cuenta la anécdota como excusa para crear un producto estético que refleje ese mundo que es nuestra particular verdad. Ésta es una de mis historias. Si algunos hechos o personajes se parecen a los de la vida real, en éste o cualquier otro lugar, o tiempo, es porque la vida real a menudo se copia de la literatura. Por lo tanto, nadie debe verse aquí aludido. Ni tampoco excluido.

LA TRAGEDIA

11 Milagros Mata Gil: **El Acoso**

*El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor.
Y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios
en él.*

(1 Juan 4:8; 16)

*Toda salvación es individual. En el Día del Juicio, la
muchedumbre de los humanos —la humanidad
entera— estará presente, pero no se verá, porque el juicio
siempre concierne a una sola persona, a una sola vida:
ésa, precisamente, y no otra.*

(Giorgio Agamben: Profanaciones)

*El problema de la vida real para un novelista es que
suele ser sucia y enrevesada.*

*(Juan Gómez Jurado: La leyenda
del ladrón)*

Ella salió esa tarde de su casa como fugitiva, abrumada de emociones que mezclaban el ímpetu amoroso, el miedo y la culpa. Se tiene cierta sensación de embriaguez eufórica cuando se está en riesgo de arrojar toda una vida por la borda y más aún cuando ese riesgo involucra a otros. O al menos así se lo parecía a aquella mujer de blancos cabellos que, pasajera en el autobús, sentía que marchaba cuesta abajo al encuentro de su propio fin. No había inocencia en nada de lo que hacía. Ella era consciente de su insensatez y se asombraba de que una partícula tan ínfima de pasión pudiera pesar más que las densas y sofocantes consecuencias de una larga desgracia. Rogaba en oración desesperada que Dios la alejara de la tentación, que le impidiera por cualquier vía serle de piedra de tropiezo a aquel por quien ahora temblaba su alma. Porque, además, la vergüenza y la pérdida se contagiarían también a sus hijos, y eso era lo peor en un pueblo donde todos se conocían. Incluso las cajeras del supermercado, los vendedores de verduras, los empleados bancarios, la tratarían con frialdad si se dejaba llevar por ese arrebato. Repiquetearían las uñas sobre el mostrador, intercambiarían miraditas con el de los recados: Es ella, la vieja *rompehogares*, dirían. Y ni pensar lo que dirían en la propia iglesia ¡Cómo apreciaban todos sus vidas estables y resueltas! Hasta el día en que el destino se presentaba con sus elecciones, poniendo ante los ojos la esperanza de una felicidad que quizás sea la última y entonces

el corazón tenía que seguir la única instrucción que le quedaba. Se sentía como un animal acosado por los cazadores: la misma turbulencia en la sangre, la misma respiración agitada. Para ella la suerte estaba echada y debía huir huir huir. Mucha gente elegía esa salida: miraba a la cara a los desastres futuros y los llamaba de otra manera. Ahora había llegado su turno. Podía reconocer la opresión en el pecho y llamarla dicha, en lugar de verla como la desgracia que estaba sintiendo en ese momento, cargando con la pesada carga de sus dilemas, pero comportándose como la sensata viuda respetable, madre de familia con dos hijos.

PROSCENIO

15 Milagros Mata Gil: **El Acoso**

El asentamiento de Las Villas es un pequeño conglomerado semi-rural habitado por obreros de la industria petrolera, jubilados de distintas áreas, empleados domésticos, amas de casa, albañiles, maestros de escuela, pequeños comerciantes, costureras y hortelanos, que queda a unos quince minutos de Santa María del Mar. Tiene una calle asfaltada y unas polvosas siete calles secundarias donde se alinean casas de diversa factura cuya característica común es la de tener grandes patios, muchos de ellos con flores dispuestas al azar, o con sembradíos domésticos de verduras y frutales. Hay casas con muros de piedra y cuidados jardines al lado de otras, a medio construir. Hay puestos de venta de hortalizas, pequeños mercados, quincallas, una panadería y una carnicería. Hay un polvoriento y abandonado Módulo de Salud. Barberías caseras, algunas de las cuales son apenas dos sillas y un espejo en la acera respectiva. Hay un par de licorerías. La basura acumulada y la hierba pugnan por establecer su control, pues los servicios públicos son precarios. Cerca, hacia el Este, hay unas torres enormes de tendido eléctrico y el viento resuena entre los cables con chasquido de hilos de plata. En contrapartida, la iluminación pública es muy buena y hay una brisa que recorre todo el espacio, refrescante aún en el verano. Por las noches, el cielo se aprecia limpio y resplandeciente, las noches de luna son espectaculares, y todo eso contribuye a que las familias se sienten en sus portales, los niños jueguen en las calles y haya un tráfico social bastante activo, con vecinos visitándose o hablando por encima de sus cercas. El número de habitantes

no pasa de tres mil almas, incluyendo ancianos, niños y mascotas.

En este espacio tan reducido funcionan unas cinco iglesias cristianas evangélicas de diferentes denominaciones que van desde la ortodoxia severa a la amplitud de miras. Los domingos se encuentran los feligreses de cada una de ellas, vestidos con sus mejores galas y llevando sus Biblias y se saludan con amabilidad y bendiciones. Desde muy temprano, se escuchan los parlantes con música religiosa interpretada por grupos en vivo de diversa calidad. Algunas mujeres, de largas cabelleras, llevan sus velos envueltos en el cuello y usan faldas hasta más abajo de la rodilla e incluso hasta el tobillo. Otras, más modernas y menos restringidas, llevan pantalones y van con la cabeza descubierta. De las tres iglesias, la más precaria en cuanto a construcción y número de feligreses es la llamada Tierra Prometida, una iglesia de tendencia pentecostal, que permite a sus feligreses bastante libertad de vestimenta y de militancia. Esa iglesia no tiene un grupo musical propiamente dicho, ni instrumentos, ni grandes aparatos de sonido, pero sí una cantante con bellísima voz, una señora joven de ascendencia francesa llamada Jeannette, que interpreta las canciones a dúo con el Pastor, que es un buen guitarrista, y, por supuesto, con el acompañamiento de los fieles.

El Pastor es un hombre moreno, de estatura mediana, oscuros cabellos rizados que lleva muy cortos, delgado y nervioso, siempre sonriente, a veces con esa

sonrisa que sólo se perfila en las comisuras de su boca, que es amplia y sensual, pero en sus ojos, protegidos por lentes de pequeña factura y montura dorada, ojos muy expresivos, se nota una honda melancolía. Usa cuidados bigotes canosos y se desplaza con la guitarra terciada, a menudo vestido con tonos de azul. No es joven: tiene unos sesenta años e hijos crecidos y nietos. Su esposa es una mujer alta, corpulenta, blanca, con un hermoso cutis que enrojece con facilidad y unos ojos achinados, un poco más juntos de lo armonioso, que a veces tienen destellos rapaces. Parlanchina, ella trata de proyectar una apariencia cálida, pero en el fondo se le percibe cierta sombra, un recelo, y una fuerte tendencia a dominar, que se refleja en la súbita adustez y el enrojecimiento de la cara, ante las más insignificantes formas de la contradicción que se le hagan, y en su necesidad de estar en el centro de todo cuanto ocurra, le competa o no, y de estar informada de todo. De hecho, se sienta atrás del todo en los servicios, para controlar casi totalmente lo que suceda. Es un poco mayor que su marido y a veces adopta, como muchas mujeres en la frontera de la vejez hacen, comportamientos juveniles ligeramente ridículos. Lleva una melena por los hombros, una especie de arbusto reseco y gris cuyas ramas caen en jirones, y sus ropas parecen siempre, aún en las festividades, como de segunda o tercera mano, lo que desentona con el modesto atildamiento del Pastor. Y no es por falta de recursos. La pareja pastoral presume de su prosperidad pasada: neveras y congeladores repletos de

comida, sobre todo, y de la ayuda que les prestan hoy día sus hijos, desperdigados por el ancho mundo.

Aunque llevan asentados en Las Villas unos ocho años y el Pastor ha estado evangelizando el sector por unos quince no han conseguido que su comunidad remonte los treinta o treinta y cinco miembros: de hecho, son unas seis o siete pequeñas familias y unas cuatro mujeres solas. Sin embargo, en una historia de idas y regresos, tienen algunos muy fieles, fidelísimos: uno de ellos es el hermano Juan, un antiguo campesino, ahora instalado en Las Villas como todero, que actúa como una especie de diácono encargado de la limpieza y mantenimiento del precario templo aún en construcción. Otra es la hermana Elizabeth, una mujer madura, blanca, alta y delgada, bastante hermosa y elegante, muy devota, que actúa siempre como iluminada por el Espíritu de Dios. Ella ha asumido también las tareas de limpieza y asiste a los servicios y vigilias con verdadera pasión. También está la hermana Angélica, una mujer joven, trigueña, pelo corto, castaño y liso, siempre compuesta y limpia, madre soltera de conducta impecable, muy trabajadora, competente e inteligente a la que se confía la atención de los niños. Ella cuenta que en algún momento la habían encargado de la ministración de los pocos jóvenes de la grey, lo que le gustaba mucho debido a su experiencia lidiando con cuatro hijas adolescentes, pero que la hermana Mileida quería ese ministerio y los pastores entonces la cambiaron. La hermana Jeannette, la cantante, trigueña de

pequeña, acude con su familia: esposo y tres hijos adultos: todos ellos cristianos de viejo cuño, pero relativamente recientes en la congregación. Tres o cuatro parejas que conforman una familia extendida llena de extraños vínculos y sus hijos completan la población más o menos permanente. Finalmente, está la hermana Mileida, quien lleva consigo a su familia, conformada por un esposo y dos hijos adolescentes. Hay allí en la congregación toda una historia de ovejas que se retiran y vuelven y vuelven a retirarse y todas ellas convergen en una referencia a la hermana Mileida: los padres de la hermana Yadira decidieron no asistir más debido a discrepancias con los Escalona, el esposo de la hermana Elizabeth se retiró porque no soportaba la presión del esposo de Mileida. Mileida.

El polvo rojizo de la calle penetra en la iglesia desde hace años en construcción, apenas un salón techado, con piso de arcilla apisonada. Allí, durante el servicio dominical, la esposa del Pastor finge absorta devoción, aunque en realidad está pendiente de los feligreses que van llegando; quién llega y quién falta, quién presenta buen aspecto y quién tiene un aire extraño. Mientras el Pastor oficia y la comunidad lo sigue, la vida discurre a su alrededor. La hermana Elizabeth hace ostentación de su piedad orando con los ojos cerrados o leyendo trabajosamente, pues su astigmatismo es avanzado, fragmentos de las Escrituras, en tanto que su hija quinceañera busca atraer las miradas de los chicos Escalona, los hijos de la hermana Mileida, al otro lado

del precario pasillo central, que, a su vez, buscan la atención de Yanitza, la hija de la hermana Jeanette. Miércoles y domingos hay esa atmósfera de juego de seducción y vigilancias, una sutil tensión sexual, una urdimbre de intrigas soterradas, reguladas, transigidas, por la esposa del Pastor y la hermana Mileida, su hija putativa, su testigo y su cómplice.

La hermana Mileida es una mujer de mediana edad, de mediana estatura, medianamente delgada, que usa unos enormes lentes de montura cuadrada de pasta, lentes que ocultan tras de vidrios ligeramente ahumados la tendencia al estrabismo. Austera, no se maquilla y lleva el cabello liso prensado y severamente recogido en una cola de caballo. Evidentemente con mayores posibilidades económicas que sus compañeros de congregación, ella viste con cierta elegancia deportiva buenas prendas. Su comportamiento es rígido: mira con frialdad a través de sus grandes lentes. Siempre luce estricta, ordenancista, adusta y quisquillosa. A veces, pocas, puede ser amable y hasta decir un inesperado halago, especialmente a la gente que recién acaba de conocer, para medir las posibilidades de control que pudiera ejercer. Porque *control* es su palabra predilecta, la que más repite en su discurso, y la proyecta sobre todo con su familia: el esposo y los hijos van detrás de ella como si fuera la abeja reina de su colmena.

Su objetivo, además, es dirigir protagónicamente el crecimiento de la iglesia Tierra Prometida mediante una especie de liderazgo vicario. Es decir, ella asegura su

protagonismo eliminando todo otro posible liderazgo a través del dominio que ejerce sobre la pareja pastoral, a quienes llama sus padres y lo ha venido ejerciendo desde su inicial incorporación a la iglesia, hace ya unos seis años. Ese dominio, además del lado afectivo, se manifiesta también mediante los cuantiosos aportes económicos que realiza. Aunque ella misma es solamente ama de casa, dirige los recursos de su marido, pequeño ganadero, para reforzar el sostentimiento del hogar pastoral y asegurar la preponderancia económica de su familia en la iglesia.

I

LA PROTAGONISTA (Acusada)

EL CORO

¿Qué hilos del Destino se movieron para que ella escogiera este lugar como su hogar final? Viniendo de ciudades rutilantes y paisajes tan distintos, ella buscó y encontró un trozo de tierra más o menos fértil donde se levantaba una casa hermosa que ella adecuaría a su medida. Sin linaje de agricultores y sí de poetas y músicos y gente de las academias, académica ella misma, se propuso ser agricultora y abrir surcos para contemplar el crecimiento y la fructificación. Amó el aire tan límpido y el cielo, amó el idealizado bucolismo de la aldea, inició, además del huerto, un jardín, pero ignoró con inconsciencia los peligros: las abejas que podían asesinar, las hormigas que podían devastar sus

cosechas, la agresividad de los veranos. Y las serpientes.

I.

Cuando yo comencé a relacionarme con la iglesia Tierra Prometida, una congregación que me pareció pequeña y llena de inocencia, en varias oportunidades percibí la molestia de la hermana Mileida y su deseo de excluirme de una u otra manera: trató de sabotear una serie de lecturas que organicé sobre las mujeres que sirvieron a Jesús, trató de sacarme de los grupos que organizaban los festejos navideños y fue sembrando de cizañas el camino hasta convencer a la esposa del Pastor de que todas mis actuaciones estaban dirigidas a impresionar y enamorar a su marido.

Yo era entonces una viuda más o menos acomodada de casi 70 años, culta y todavía de buen ver, que había comprado una pequeña finca en Las Villas para pasar los últimos años *en huerto fructífero y paz*, como acostumbraba decir.

EL CORO

Era una de esas mujeres cuya resolución e ironía la hacían parecer masculina, a pesar de su aspecto tan nítidamente femenino. La impresión definitiva que producía era que a pesar de lo que los vaivenes de su existencia pudieran haber sido, a pesar de los errores de que se la pudiera acusar, a pesar de los sufrimientos o daños que sus actos hubieran podido causar a otras personas, su vida estaba, en cierto modo, más allá de los accidentes del tiempo, la educación y las circunstancias, y que ella era tan simple como una fuerza de la naturaleza.

En aquel entonces, yo escuchaba una y otra vez **La Pasión según San Mateo**. Y también trozos de Verdi. Mi libertad había llegado. Nada ni nadie se interponía en mi camino. Yo era dueña y señora en mi pequeño feudo de Las Villas, una viuda independiente ya sin la obligación de hijos y tenía la cabeza hinchida de ideas. A veces, por las noches me invadía la soledad. Suspiraba por Alguien, por un personaje potencial que llenase las horas libres. Así, Jesús El Cristo se me convirtió en un viejo amigo e interlocutor. Y así también asumí a *mi* Pastor.

Ciertamente, me agradaba conversar con el Pastor, pues era ameno y bienhumorado. Y a él le gustaba conversar conmigo. Además, me gustaba mucho aquella congregación de gente tan humilde y de fe tan sencilla, sin complicaciones teológicas, gente bastante solidaria y amistosa, tan diferente de otras congregaciones a las que había asistido y tan diferente del mundo en el cual me había desenvuelto hasta entonces: viuda de un diplomático metido luego a empresario del campo, periodista, profesora universitaria y vinculada intensamente a los medios culturales, había viajado por muchos países y mis intereses más conspicuos eran la lectura y la escritura. Me mantenía activa y actualizada con el trabajo académico y estaba siempre perfeccionando mi manejo del lenguaje, y aprendiendo otros idiomas.

Las conversaciones que yo sostenía con el Pastor eran sobre todo alrededor de sus recuerdos de infancia rural, sus experiencias juveniles y la forma como había llegado al cristianismo: muchacho del campo, con poca educación, a los 17 años *había aceptado servir al Señor Jesús como su único y suficiente salvador*, como se dice, y desde esa temprana aceptación, que debía significar su libertad, había sido motivado y orientado por otras personas: su pastor, quien encauzó su formación teológica, y su esposa, con quien se casó a los veinte y fue disponiéndole la vida. Ella, a todas luces más fuerte de carácter, moldeó su destino y muy pronto lo preparó como proveedor económico de su prole, rol que él asumió responsable y valerosamente ejerciendo como

cierto tipo de técnico, autodidacta al principio, pero favorecido por su tenacidad, su perseverancia, su carisma y su inteligencia hasta conseguir empleo fijo en una compañía, con buenos ingresos y seguridad social. Aunque del signo de Aries y bien dispuesto para la acción, el curso de su vida lo había domesticado, había paliado sus cóleras y había matizado sus ambiciones. Pero la misma conciencia de su autodidactez a veces lo hacía ser arrogante, como compensación. Él compartía conmigo sus posibles horizontes y esperanzas, inclusive las ministeriales: su deseo de obtener el don de regeneración curativa, además de contarme de su gusto por la música. Era un buen versificador y había compuesto algunas canciones, que no cantaba en público sino a veces, quizás debido a su modestia. O a sus inseguridades.

Yo le hablaba también de mi infancia y mi juventud, de mis viajes y de los libros que estaba leyendo o releyendo, especialmente los de poesía y él me escuchaba, arrobado. En ese entonces yo releía los místicos españoles e ingleses, aunque también todo lo que cayera en mis manos. Lo guié para que releyera tanto los *Cantares* como los *Salmos* y el *Eclesiastés* como si fueran primordialmente textos poéticos y le comenté con frecuencia mi preferencia por ciertos personajes bíblicos: el David salmista, apasionado, seductor y sensual que fue, con todos sus errores, Josué como hombre esforzado y valiente, y, sobre todo, María Magdalena, tan llena de fe, tan llena de voluntad de servicio y tan despreciada

y denigrada y le presté algunos libros que hablaban sobre esos temas. Pero también le imprimí algunos poemas de Donne y Blake y le hablé de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, de Rilke, de Montejo y Cadenas, de Sabines y Pulido, y de otros poetas que me eran amados. Sin mencionar que le regalé un DVD con piezas de algunos de mis compositores favoritos: con esos mis gustos tan poco ortodoxos (gente que él no había oído sino de nombre, y eso a veces: Bach, Albinoni, Vivaldi, Mozart, por ejemplo, no necesariamente en ese orden) y otro de música profana cuyas desgarradoras letras me gustaban mucho.

A menudo teníamos largas charlas por mensajes de texto, generalmente sobre temas bíblicos o devocionales, o consultas que yo le hacía sobre alguna cuestión personal, pues me resultaban útiles sus apreciaciones, llenas de una sabiduría sobria que yo valoraba. Asimismo, yo lo aconsejaba sobre cuestiones prácticas, pues se da el caso de que soy una buena gerente, todas destinadas a propiciar el crecimiento de la iglesia y la consolidación de la construcción del templo, asunto que me inquietaba. En algún momento, él comenzó a enviarme mensajes que podían estar bordeando el terreno de la seducción, pero que consideré parte de su naturaleza expresiva. En realidad, casi nunca se salieron de unas referencias a textos bíblicos, que podían, o no, ser metáforas de enamoramiento. Y casi nunca los respondí, aunque debo decir que me divertían y me llenaban de ternura, así como sus intentos, infantiles a veces, de causarme buena impresión

(eso de enseñarme sus calificaciones en el Instituto Bíblico donde se formó, o de mostrarme uno que otro escrito con su letra menuda, o de presumir por sus botas nuevas). Pero en todo momento tenía presentes los límites de esa relación: podíamos ser amigos, como en efecto lo éramos, pero él era un hombre casado y un ministro consagrado: ambas cosas lo convertían en asunto prohibido para mí.

Las mujeres hemos elaborado un discurso partiendo de los amores posibles, pero siempre nos encaprichamos de los amores imposibles, que son los más posibles de todos.

(Antonio Gala)

EL CORO

Mucho de lo que él decía, y mucho de lo que ella decía, era ambiguo. Sólo insinuaciones, pero comenzaron a mirarse y a rozarse de otra forma. Él atribuía un carácter simbólico a su relación. El hecho de que le atrajera de esa forma, de que también ella se mostrara receptiva, ¿no constituía un símbolo? No hablaban nunca de su conexión, no permitían que aquello se plasmase en palabras.

II.

El problema del amor pertenece a los grandes padecimientos de la humanidad, y nadie debería avergonzarse del hecho de tener que pagar su tributo.

(Carl Jung)

Por Navidad se desmadraron las cosas. Quién sabe por qué, me fue invadiendo una especie de embriaguez erótica que me hacía tenerlo presente a cada instante. Horrorizada de ese sentimiento, oraba mucho pidiendo a Dios que me impidiera ser piedra de tropiezo para aquel hombre y eso me permitía mirarlo de frente, con ojos diáfanos y sin culpa. En los servicios de la precaria iglesia, yo fijaba mis ojos en el cielo que se vislumbraba por las paredes descubiertas, por los huecos vacíos de las ventanas y no en él. Pero no dejaba de imaginar, aun en esa situación, cómo tocaba la guitarra, esa especie de genuflexión que hacía al hacerlo, ese fervor por su instrumento, su manera de cantar. O sentía la fogosidad de sus prédicas, en las que en momentos chispeaba con un toque de humor o una anécdota rural. Era (es) un predicador impetuoso sin fanatismo: apasionado sin intransigencia: inteligente sin pretensiones, que preparaba sus intervenciones con minuciosidad, escribiéndolas en un cuaderno con una letra pequeña y desigual. En algún momento, él me mostró uno de sus

cuadernos y me dijo que le gustaría recopilar esos materiales en un libro: la redacción era buena y amena, aunque la Ortografía era fatal, pero era factible digitalizar todo eso y convertirlo en libro: un buen libro útil para otros pastores y también para lectores cristianos, y así se lo dije.

En aquellos días, con frecuencia me increpaba duramente en soledad, diciendo: ¡No pierdas la razón en tus últimos años! Que una muchacha se deje llevar por semejante locura puede ser plausible, tal vez incluso lo quiera Dios. Pero que lo haga alguien como tú, una anciana, dejándose llevar por embriagueces, ay, no: pues no hay nada meritorio en una anciana enajenada de pasiones: resulta ridículo. Y, sin embargo, no es tan ridículo, pensaba también, porque si tras tantos años, si después de tantas experiencias esa voz llama con tal intensidad, algo ha de tener razón. Y, aunque sea la voz de la locura, será una locura divina.

Me sentía terriblemente virtuosa con cada esguince con el que esquivaba la pasión, ésa de la que habla Descartes: pasiones del cuerpo y del alma coaligadas en el ser. Continuábamos nuestras conversaciones por SMS, no obstante yo me volví más comedida por prudencia y me fui distanciando, aunque él se volvió más expansivo. Un día, después del servicio previo a la Nochebuena, él me abrazó estrechamente y me dijo al oído que me amaba mucho. Eso me causó gran angustia y desasosiego. No las palabras, no el tacto caliente de sus palmas abiertas en la espalda, no el cuasi secreto de un gesto como ése compartido a la vista de todos,

sino las ardientes reacciones de mi cuerpo y de mi espíritu, hasta ese momento aplacadas, creía yo, por la edad. Al otro día, el escueto perturbador mensaje que recibí del Pastor fue **Cantares 1:2-3.** Eso solamente:

*Oh, si me besara con besos de su boca ¡pues su amor
me es más grato que el vino! Y grata es la fragancia
de sus perfumes: bálsamo fragante...*

Pues bien: estaba enamorándome del Pastor. Y entonces descubrí, estremecida de catástrofe, que mi corazón andaba desnudo ante Dios, perdida la inocencia. Y que el amor me invadía como una niebla azul, una infinita corola azul. Y entonces supe que lo amaba y que tal vez siempre lo amaría. Pero también supe que nunca sería mío.

EL CORO

A partir de una mera proyección, puede surgir el amor con toda su fatalidad: algo que con ilusión cegadora podría arrancarla de su camino vital cotidiano. ¿Es algo bueno o malo, es Dios o el demonio aquello que caerá sobre la persona que se enamora? Sin saberlo, ella ya se siente entregada.

¡Y quién sabe si estará a la altura de semejante complicación! Hasta ahora ha eludido dicha posibilidad por todos los medios, y ahora ésta amenaza con atraparla. Éste es un riesgo del que se debería escapar, pero si hay que afrontarlo, entonces se necesita, como suele decirse, mucha confianza en Dios o fe en que el desenlace será bueno. Así se cuela de manera inesperada y repentina la pregunta acerca de la actitud religiosa ante el Destino.

Pues no es poca cosa sentirse enamorada cuando el cuerpo está ajado y ya se inclina hacia la tumba ¡Enamorada y hasta correspondida! Y ya en las manos yo llevaba las minucias de Caronte, pero la sangre se me atumultuaba como un río que nace en la montaña. Y así me planté ante Dios, sabiéndome culpable, pero con el corazón de una muchacha, tan entero y libre. Vivíamos, pues, ese idilio sin futuro de sometimientos, ni posibilidades de consumación. Yo nunca aspiré a nada que no fuera virtuoso y seguía pesando el anatema. Además, estaban las consideraciones de orden pragmático: a ninguno de los dos convenía ni la ruptura, ni el escándalo. Ninguno de los dos deseaba que la congregación sufriera. Compartíamos lo que dice la Escritura: En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor. El que teme espera el castigo, así que no ha sido perfeccionado en el amor. Y ese amor se nos iba convirtiendo en un *miraculum per gratiam Dei*, algo

acerca de lo cual nadie, ni siquiera nosotros, podía saber a ciencia cierta: secreto e inmencionable: esotérico.

Y es que era cosa del Destino, ese árbol cuyas potentes raíces jamás podemos ni cubrir del todo, ni desenterrar. Nuestra amistad no derivaba de las proezas de la carne, de las resacas de la rebeldía, ni de los sacrificios del corazón, sino de un juego donde éramos *compañeros en el Jardín* (a la manera de Rilke) exonerados de las yuntas y las nupcias, evadiendo con elegancia rodas las rejas de hierro forjado. Ninguno de los dos avanzaría hasta territorios hostiles llenos de transgresiones y quizás de muerte, porque solamente queríamos salvaguardar nuestro particular Paraíso. Pero en ese Paraíso ingresó la serpiente: Mileida. Como toda manipuladora, percibió bien pronto que su influencia sobre el Pastor se iba mermando y había sido sustituida por otra influencia, más sólida y veraz.

EL CORO

Abora que estás escribiéndolo, no sabes qué parte de ello es realidad y qué parte literatura. Es tan íntimo el vínculo entre lo que sientes, lo que piensas y el deseo de darle forma estética a eso que sientes y piensas que no sabes ya cuál es la frontera, ni si de súbito un territorio real, un sentimiento real, se transforman en objeto de arte o en ficción literaria... Esta mañana, ante el magnífico amanecer, lujo de colores que deparan estos días, sentiste que la felicidad residía en esas

*cosas pequeñas: percepción de una flor, el agua desgranándose bajo la luz, el olor a yerba recién cortada... No es la primera vez que te invade esa completitud ante algo que parece ser insignificante, algo que pasa desapercibido la mayor parte de las veces: un arcoíris entrerristo en la carretera, un sorbo de buen café, las montañas recortándose con trazo y dimensión perfectos contra el cielo casi índigo. También **esto** te completa, a veces, cuando no te hiere, cuando no te irrita, cuando no te molesta.*

III.

Y éste fue el comienzo de dolores. Al terminar el servicio previo al Año Nuevo, la esposa del Pastor me llamó aparte y me dijo que *algunas personas* estaban pensando que yo trataba de impresionar a su esposo.

-*¿Cómo es eso?*, pregunté.

Y ella aclaró que tal vez la cuantía de mis ofrendas parecía una manera de llamar su atención porque yo me sentía atraída por él.

-*¿Cuantía? Es el monto del diezmo por mis ingresos: lo que corresponde. Además ¿quiénes piensan eso?*

-*La hermana Mileida... pero en ello coincide una de mis hijas.*

-Es muy extraño, respondí, porque, accidentalmente, presencié cómo el esposo de la hermana Mileida estaba aportando una cantidad de dinero mucho mayor ¿significa eso que él, o ellos, tratan también de impresionar a su esposo y se sienten atraídos por él?

(Silencio ante ese argumento)

-¿Y usted qué piensa? Porque usted sería la parte verdaderamente afectada ¿no? , le dije.

(No me respondió, las cosas pasaron y yo las dejé pasar)

Revisando posteriormente los mensajes, me he dado cuenta de que no los hubo de la salutación tradicional de Año Nuevo. Y deduzco que quizás había ya problemas en la casa de la familia pastoral que estaban poniendo trabas a esa mensajería. Pero entonces no lo noté, ocupada en la preparación de los festejos.

Aquel miércoles del conflicto, 16 de enero, acudí a la iglesia como de costumbre. La esposa del Pastor se sentó a mi lado y me dijo, sin mediar saludo, que a ella le gustaban las cosas claras. Pensé que me iba a reclamar nuevamente la relación que mantenía con su esposo, fuera cual fuera la naturaleza que ella creyera de ésta, pero no: me reclamó que el domingo anterior no la hubiera saludado. Era una cuestión bastante rara que me desconcertó, y sólo le respondí que no recordaba no haberla saludado y que no estaba en mí

naturaleza haber actuado así y ella me respondió que, en efecto, sí la había saludado, pero sin cariño. Fue más extraño todavía porque nunca le había manifestado un especial afecto. La miré: estaba congestionada y sus habituales descuido y vulgaridad lucían acrecentados por la ira. Ella es mucho más alta y fornida que yo y su presencia solamente podía serme intimidante. Y como, en realidad, detesto los escándalos y la mala educación, le pedí disculpas y le dije que la distancia emocional que ella quizás sintiera fue porque me había propuesto ser con la familia pastoral estrictamente cortés para evitar malas interpretaciones. Más tarde, un momento antes del servicio, les pedí perdón a ella y al Pastor por cualquier posible ofensa, para que el Señor aceptara mi diezmo, pues había diezmado. Y lo hice ante un testigo, como manda la Escritura. Entonces, ella se paró bruscamente y se fue.

La hermana Mileida, a partir de ese episodio, inventó y convenció, supongo, a la esposa del Pastor de que era verosímil su invención, y dijeron que yo le había reconocido mi atracción por su esposo, que la había humillado verbalmente y que ella, para paliar su humillación, había ido a refugiarse en una casa vecina. He llegado a pensar después que la hermana Mileida y la esposa del Pastor orientaron todos los hechos para que aparecieran así a cualquier espectador inocente.

A esas alturas, comencé a sentirme físicamente mal. Sudaba copiosamente y me dolía el pecho. La hermana

Mileida estaba encargada de la palabra de reflexión aquella tarde. Comencé por verla de un tono gris oscuro: gris su ropa, gris ella, zapatos verdes. De pronto, en la confusión, la vi transformarse. Ya no solo era que se había puesto totalmente gris, salvo los zapatos, sino que había crecido como un palmo y ahora lucía una especie de alas de libélula, de caballo del diablo: de la cabeza le salían antenas y bajo la franela gris se esbozaba un exoesqueleto semejante al de un insecto. Mientras, ella hablaba de la dictadura que los padres debían ejercer en el hogar: que los hijos no sabían lo que les convenía, no importaba la edad de ellos, y los padres, más sabios y prudentes, debían imponérselo, si fuera posible, usando medios de coerción económica y yo pensaba que no había luchado yo tanto en contra de cualquier dictadura como para estar escuchando estos argumentos de parte de alguien de una iglesia, además, pero continué sentada allí por cortesía. Entonces, la hermana mileidalibélulagris caballitodeldiablo más bien, me tomó como ejemplo de su disertación, a mí, que no impongo jamás nada a nadie y menos a mis hijos. Estoy segura de que lo hizo adrede, para provocar mi ira, aun viendo mi malestar, pues estaba en primera fila, y hasta mi muerte, de ser posible, ahora lo entiendo.

Lo cierto fue que colapsé y hubo que hospitalizarme por unos días. Aunque gran parte de la tradición cristiana se basa en la prédica incessante del amor, que parece ser una de las condiciones para la redención, en ese tiempo, solamente

dos hermanas de la iglesia me visitaron en mi lecho de paciente. Todo el dolor que he sufrido a lo largo de estos meses me ha hecho preguntarme si en verdad lo que extraño y me hiere es la falta de una congregación que me había parecido en un principio semejante a las comunidades prístinas del cristianismo y que me ha venido execrando, inclusive hasta el insulto. Por supuesto que también padezco la enorme desilusión que me ha causado la conducta del Pastor, pero quizás él no es tan buen pastor, al fin y al cabo, porque ¿Qué pastor llama al lobo y cuando viene el lobo se va al escondedero y deja el rebaño a su merced? ¿Dónde queda la parábola del pastor que deja las 99 ovejas para buscar a la perdida, enredada entre los espinos? ¿Dónde aquello que dijo Cristo: *Ego sum pastor bonus, bonus pastor animam suam dat pro ovibus?*

Recuerdo que en Clarines teníamos cuatro vacas en un corral pequeño, para el consumo de la casa. Cuatro vacas con sus mamones. Había un muchacho que se encargaba del ordeño y el cuidado de ese ganado. Aspiraba a ocupar un cargo mejor en el rebaño del campo, porque tenía mujer preñada. Las cuatro vacas salían un rato al rastrojo para pastar y luego eran vueltas a su corral con ayuda de los perros. Un día, el muchacho se distrajo, las vacas se dispersaron y para encorralarlas otra vez hubo que llamar a hombres de a caballo que las rastrearan y arrearán, además de los perros. Mi marido era un hombre de a caballo. Iba siempre en una yegua llamada Mesalina, quién sabe por qué,

porque nunca le noté esas tendencias, y llegó junto a otros hombres y metieron las vacas. Después, despidió sin miramientos al vaquerizo. En privado, le recriminé su dureza. Me dijo con severidad: -Usted no sabe cómo son las cosas por aquí, así que se calla y aprende. Después, más aplacado, dijo: -¿Cómo puede aspirar a atender el rebaño, donde hay 30 reses, incluyendo un toro y un torete, si no puede manejar a cuatro vacas? Mi marido era Atilano Monreal, marqués de Villegas, aristócrata y centauro.

Pero es necesario que yo reconozca que fallé también: mi primera reacción, al saberme acusada tan injustamente, fue ir a conversar unos días después con la pastora principal, la pastora Jacqueline, en busca de una mediación autorizada. Llevada por una mezcla de cólera y abatimiento, me expresé con desprecio sobre el Pastor, negando de plano toda atracción, invocando la precariedad de su cultura, su mala Ortografía y las diferencias sociales. Fui groseramente cruel y abusiva, pero más cruel y abusiva fue la pastora principal, quien repitió mis palabras ante la reunión que convocaran posteriormente, y en mi ausencia, hiriendo gravemente al Pastor. No me cansaré de pedir perdón por la ligereza de mi lengua incendiaria. Y con esa acción nada conseguí: ni hubo mediación, ni cesaron las acusaciones. Me he enterado después de que existen vínculos sociales y hasta económicos entre la esposa del Pastor y los pastores principales. Y que hasta se ha dicho, *subitus vocis*, que como la madre de la esposa del Pastor donó el terreno donde

se erige la iglesia principal, la de Canaán, a él le otorgaron graciosamente el pastorado de Tierra Prometida. Eso dicen y ella, la esposa, se jacta de eso.

EL CORO

En algún momento de la trama, el Pastor dirá que él no ha tenido nada que ver, que desde el principio ha sido una tontería, que él no ha participado del descrédito que ha sufrido la hermana en cuestión (no la nombra) que su esposa malinterpretó las cosas y se dejó llevar por el temperamento, que fue usada por el Diablo, que fue la serpiente (ergo, la hermana Mileida) que ellos no tienen la culpa, que qué pena con todos, que perdonen la mala experiencia. Como dicen que dijo Napoleón, el traidor le coge el gusto a la cosa y como traicionó una vez, traiciona dos, traiciona tres, traiciona cuatro, traiciona cinco, y luego me guindo tamarindo-oo: una dos y tres tamarindo: una dos y tres te me guindo. Y entonces se oirán las carcajadas. No reirán los ángeles, porque son muy serios y severos, pero los demonios, esos sí que se gozarán. Coño, que no en vano Saramago Evangelista llamó Pastor al propio Diablo y lo puso a guardar un gran rebaño.

EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO

Para los pastores Juan y Jacqueline, de la iglesia Canaán, pastores principales del Movimiento Internacional Tierra Prometida

Hermanos pastores: recurro a este medio epistolar siguiendo humildemente el ejemplo del apóstol Pablo y debido a las dificultades que he encontrado para establecer una comunicación coherente respecto del problema que me afecta y, de alguna manera, afecta a la congregación de la iglesia Tierra Prometida, dependiente de ésta. Antes de escribir esta carta, pedí ardientemente la dirección del Espíritu Santo, para encontrar las palabras adecuadas. No me fundamentaré en muchas citas bíblicas, pues no soy teóloga, ni he asistido a Institutos Bíblicos. Solamente soy una persona que, lavada por la sangre de Cristo, la misma que los lavó a ustedes, lee con devoción la Palabra de Dios, que es nuestra ley.

En primer lugar, quiero pedirles perdón por lo que me corresponde. Los que teníamos responsabilidad para aclarar el asunto hemos errado en la estrategia de resolución de conflictos. Pues había en efecto un conflicto que atañía entonces a solamente cuatro personas y por falta de una conversación transparente desde un principio y a la equivocada convocatoria a una reunión donde participaron otros actores, ajenos y

desinformados, no preparados para la mediación que se esperaba, se convirtió lo inicial en una especie de juicio sumario cuyas diversas versiones en circulación han herido gravemente a la congregación y me han herido. A esa reunión, ya saben, no fui invitada previamente, me enteré de los aconteceres por trasmallo, y por tanto no tuve las opciones de aclarar y explicar mi posición y mis actuaciones, y lo que tengo son versiones de lo que allí se trató.

Me he enterado por diversas vías que el asunto que nos ocupa ha tomado derroteros extravagantes: se habla de mensajes inapropiados por mi parte, se habla de una posible atracción de mi parte por el pastor de Tierra Prometida, misma que, presunta (y falsamente) yo habría admitido ante la esposa del Pastor, a la que teóricamente humillé (si ella se sintió así, le pido perdón). La tarde del miércoles 16 de enero, esta señora me reclamó una supuesta descortesía en el saludo dominical, pero ya antes habíamos tenido conversaciones mal enfocadas y de trasfondo hostil donde ella me acusó de esa atracción, de una u otra manera, basándose, dicen, en la apreciación de la hermana Mileida Gutiérrez de Escalona (como ella se firma y se presenta, destacando su honorabilidad matrimonial). Así que todo es una cuestión de “él dice, ella dice”, un asunto de chismorros y murmuraciones que en nada aportan a la construcción del cristianismo en los individuos involucrados y en la congregación y que, mínimamente, atentan contra el advenimiento del Reino. Yo habría estado dispuesta a olvidar todo y dejar actuar al Señor. Pero los continuos ataques y

descalificaciones que he sufrido en estos días no me lo han permitido.

Por ejemplo, el lunes 18 de febrero por la mañana, muy temprano, estaba yo trabajando en mi huerto, como acostumbro y recibí la visita de una hermana de congregación. Ella me dijo que, inquietada por el Espíritu Santo, había decidido venir a mi casa para pedirme: 1. Que cesara de acosar al Pastor y de tratar de serle objeto de traspié, 2. Que no humillara más a su esposa, y 3. Que volviera en paz a la congregación. Me conmovieron la fe sencilla de esa mujer y su defensa de los que ella considera sus muy virtuosos pastores, por lo que le aseguré que trataría de aclarar las cosas, sin explicarle la falsedad de esas acusaciones, ni especificarle cuáles iban a ser los pasos que iba a dar al respecto.

Debo aclarar que desde el 16 de enero no he tenido ningún trato personal con ninguna de las personas involucradas en el conflicto. De hecho, he tenido que ocuparme de muchas otras cosas, el país, por ejemplo, a mi entender más importantes que un mero chismecito de aldea. Sin embargo, la visión de aquella mujer, casi llorosa, tan lastimada, hirió mi conciencia. He vivido por lo menos tres situaciones desagradables, producto del desparramamiento de rumores malsanos, mentiras y calumnias: en el banco me encontré con una hermana de congregación, que, ciertamente turbada ante mi presencia, no sabía cómo saludarme; otro día, en el bus en que regresaba a mi casa subieron una persona de la congregación y una pariente no cristiana: esta última se paró

al lado de mi asiento y me espetó (irrespetando mi persona y mis canas) que era una puta. Por supuesto, le di cumplida respuesta. Y yendo por las calles de mi vecindario, encontré a otro miembro de la congregación, que me saludó con embarazo. Y ahora hasta doy un rodeo para no pasar frente a la iglesia, evitando estas cosas que me causan malestar.

EL CORO

*Ella no debería justificarse, pues su amor ha sido altruista: ni ha dado, ni ha obtenido más recompensa que esa abstracta que deriva del amor. Y que es además solamente ilusión. Dicen que lo primordial en el amor no son los impulsos egoístas, sino los altruistas. En eso se basa, por ejemplo, la **I Carta a los Corintios, capítulo 13:** el amor altruista es el sentimiento del niño frente a la madre que lo alimenta, cuida, protege, acaricia. Es el amor de la madre frente al hijo, especialmente hacia el hijo débil o pusilánime. Es el amor entre una pareja, entendido como fusión de uno en el otro: el enajenamiento. Los impulsos egoístas, a diferencia de los altruistas, se fundamentan en el deseo de posesión exclusiva del objeto de amor: en el establecimiento de relaciones de poder. Quizá se pueda decir que allí hay una paradoja, y que los impulsos, sean de naturaleza egoísta o altruista,*

surgen a un tiempo en el corazón del hombre, y que cada impulso es de naturaleza ambivalente. Pero: ¿son realmente ambivalentes los sentimientos y los impulsos en el amor? ¿Son acaso bipolares? ¿Son las cualidades del sentimiento absolutamente comparables entre sí?

IV.

Mal caballero de la dama de su corazón es quien se echa atrás ante la dificultad del amor. El amor se comporta como lo hace Dios, ambos se entregan sólo a su servidor más valiente.

(Carl Jung)

*Dios el Señor llamó al hombre y le dijo:
—¿Dónde estás?
El hombre contestó:
—Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo porque estoy desnudo.
Por eso me escondí.
—¿Y quién te ha dicho que estás desnudo? —le preguntó Dios—.
¿Acaso has comido del fruto del árbol que yo te prohibí comer?
Él respondió:
—La mujer que me diste por compañera me dio de ese fruto, y yo lo comí.
(Génesis 3:9-12)*

Ignoro cómo se desarrollaron los acontecimientos posteriores. Ignoro qué versión de los hechos manejaron los esposos pastorales y la hermana Mileida. Ignoro por qué el Pastor, a quien consideraba mi amigo, de súbito me abandonó a mi suerte y se sumó por omisión al coro de los que me acusaban de haberlo acosado mediante unos mensajes *que compartimos* y haberlo tentado con aportes en dinero. Estuve días severamente enferma y durante casi dos meses, mi corazón sufrió, ardiendo en las penas de un Infierno. En retrospectiva, considero que fue ganancia todo aquél sufrimiento, pues me mostró hasta qué punto yo aún estoy viva y palpitante. Me alejé radicalmente de todo contacto con los integrantes de esa congregación, incluso de las personas que me mostraron amistad y me esforcé en mejorar mi apariencia física.

La esposa del Pastor y Mileida fueron enriqueciendo la historia del acoso y el Pastor calló, dejando que todas las culpas recayeran sobre mí. Su último mensaje hablaba de eso: *-No sabe usted lo que estoy sufriendo, pero soy un cobarde. Lo que más temo es su desprecio, todo lo demás lo merezco*, decía. Él dice que sufrió, pero ignora mi sufrimiento. Él dice que sufrió porque se enfrentó a las dudas de su grey. Él dice que sufrió, pero yo ya no podré volver jamás a aquella dulce congregación llena de ingenua fe y amistad y que me llenaba tanto, porque para mí ahora es fuente amarga y envenenada. Me enteré de que hasta hicieron una gran reunión donde, prácticamente,

me sacaron fuera del templo y me lapidaron. Me han dicho que prohibieron expresamente todo trato conmigo. Soy para ellos la pecadora, la sacerdota, la robamaridos, la puta vieja y sinvergüenza. Soy *sacer*: una que, habiendo sido excluida de la comunidad, puede ser asesinada impunemente, pero no sacrificada a los dioses porque es ofrenda impura. Para ellos, yo me he vuelto también *anatema*: la apartada, pero por leprosa espiritual. Sin piedad, se instó a la gente a resistirse al mal que soy, argumentando que si cedían, la perturbación de este mundo, que ya se ha salido de sus ejes, sería absoluta y la congregación, y hasta la ciudad, acabarían en las redes de Satanás y serían erradicadas de la tierra. Los que pertenecían a la congregación miraban a sus pastores con angustia y respeto. La sencillez de la Escritura que habla de no calumniar, no juzgar y de perdonar las ofensas quedó en el basurero de las intrigas de unas mujeres sin sabiduría, ni tan siquiera decencia, llenas de ambiciones protagónicas y de envidia y de celos y también de rencor. Y la enfermedad se propaló como se propaga un incendio en la sabana en tiempo de verano. Ciertamente, todos los humanos somos pecadores: todos indignos de la gracia de Dios, pero los fanáticos son los más peligrosos de los pecadores. Creen que hacen el bien y cuando los hombres hacen el mal y sostienen que lo hacen para contribuir al trabajo de Dios, es cuando son más peligrosos. ¡Más peligrosos! Esos son los peores pecadores.

Como Furias, como Erinnias, las veo abalanzarse sobre mí. No las detiene el que estemos en el precario templo. Paredes en obra gris, solo marcos de enormes ventanas. Piso de tierra roja allanada. La una, cabellera de arbusto reseco y gris, rostro congestionado por la ira, ropa en jirones negro-ocre. La otra, enormes ojos de libélula y exoesqueleto de langosta, me afellan con sus patas la blusa amarilla y me arrastran y me echan a la calle. Mientras, la escueta congregación observa, testigo inerte, quizás para siempre enmudecido. El Pastor no está. Surge otra Furia, vieja abrujada con pala de siembra, apenas visible en la neblina que de pronto se ha elevado ¿humo o niebla? Ya no sé. Mientras estoy en el suelo, me lanzan paletadas de tierra de arena y de barro. Si yo llorara, tal vez sería suficiente para convertir todo aquello en un fango que quizá aliviara mi pena y mi vergüenza, pero no lloro. Las oigo improperiarme y maldecirme. De pronto, la pala desciende sobre mi pecho y lo abre con estruendo de costillas rotas, de esternón que se hunde. Siento el sabor de la sangre en mi boca. Oigo maldita maldita maldita y siento que raíces brotan de mis pies. Porque la semilla tiene que morir para poder dar vida, dice una voz en mi oído.

Aunque quizás soy muy dura y el Pastor, por el contrario, está siendo un hombre valiente alejándose drásticamente, pues, de acuerdo con la Escritura, *si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y tiralo. Más te vale perder una sola parte de tu cuerpo, y no que todo él sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te hace pecar, córtatela y arrójala. Más te vale perder una sola*

parte de tu cuerpo, y no que todo él vaya al infierno. Y no es posible saber hasta dónde hubiera podido llegar esta situación.

EL CORO

*Ella lo excuspará (pero Dios, no) y tratará de ampararlo, como Hester, la de **La Letra Escarlata***

Escarlata, porque es parte de esa naturaleza maternal que las mujeres tienen con los hijos más débiles.

V.

Por él yo he sufrido insultos, mi rostro se ha cubierto de ignominia, el celo por su amor me ha consumido y sobre mí han recaído los insultos de muchos detractores. Soy una extraña para mis hermanos, una leprosa para los habitantes de mi aldea. Si lloro y ayuno, me miran con sospecha. Si me visto de luto, soy objeto de burlas. Y si disimulo mi dolor, me miran con ojos de malicia. Y siguen murmurando. Sé que me dedican burlas y que se envían mensajes sobre mí en sus teléfonos inteligentes. Soy meme de ignominia. Tú sabes, Señor, lo que hice y de lo que no hice tienes noticia: conoces cuáles fueron mi

culpa y mi inocencia. Tú bien sabes, Señor, cómo me humillan, cómo me avergüenzan y denigran y mienten sobre mí. Sabes quiénes son mis adversarios. Sabes de dónde vienen los ultrajes que me han destrozado el corazón. Para mí ya no hay refugio en la iglesia. Busqué allí compasión, y no la hubo. Busqué consuelo allí, y no lo hallé. Por misericordia, oh, Dios, respóndeme. Por tu fidelidad, sálvame. La canción dice que a tus pies nadie me puede señalar y a ti me acojo: sácame del barro, líbrame de los que me odian, respóndeme, Señor, vuélvete a mí. Ven a mi lado, y rescátame. Sálvame, sáname y redímeme.

EL CORO

¿Qué pide ella, qué desea, qué reclama? Pues aceptó ponerse en juego de manera irrevocable y sin reservas. Incluso a riesgo de que, de ese modo, su felicidad y su desventura fueran decididas por otros de una vez y para siempre

VI.

Voy a mi jardín y allí está un arbusto seco seco seco, aparentemente seco sin esperanzas, e intento sacarlo de raíz, pero se aferra. Entonces, lo reviso con cuidado y comienzo a partir las ramas secas. Y encuentro que aún hay ramas por donde corre la savia y me acerco más y veo que el tronco va reverdeciendo tercamente. He decidido cerrar este capítulo de mi vida y liquidar este sentimiento de amor. Por primera vez en todo este tiempo estoy harta harta harta y más que harta de murmuraciones, chismes, hablillas, patrañas, embustes, enredos, que me llegan de personas quizás bien intencionadas: conversaciones, mensajes de texto: que si me reputación quedó dañada, que si el Pastor hizo esto o aquello, que si estaba demudado y pálido y que si lloró o la esposa lloró, que si la hermana Mileida y su esposo andaban visitando de casa en casa a los miembros de la iglesia para entresacar informaciones, que si el Pastor dijo esto o aquello en el servicio, que si la esposa del Pastor había adelgazado y se arregló el cabello y trataba de imitar mi forma de vestir. Harta de miradas maliciosas y saludos forzados. Harta de insultos velados o explícitos. Me han puesto en la picota. Poco ha faltado para que me hagan coser del vestido **la letra escarlata**: la **A** de

adúlera,

amancebada,

adulterina

anatema.

Y también estoy harta de añoranzas, fantasías y esperanzas. Por mucho menos de lo sucedido he desechado amantes en el pasado. Los he arrancado de mi vida y los he lanzado a la hoguera, como quiero hacer con ese arbusto. Al final, todo es vanidad y aflicción de espíritu.

Pero hay mucho de commiseración en mí. Por el Pastor, tan frágil y pusilánime. Dice Jung: *Una mujer que ama puede sostener una situación contra toda potencia superior, hasta contra la muerte y los demonios (incluyendo las Furias y las Erinnias) y puede crear, con total convicción, caducidad en el caos, perpetuidad en la vida.* Amo a este hombre como se ama al hijo más delicado, como a un niño que abandonaron y que ahora está perdido en un gran parque. Lo amo como a un amigo que, eventualmente, está preso por su torpeza o por causa de la injusticia, sin importarme si es o no culpable. Lo amo como a un amante, aunque dudo ahora que tenga lo que se necesita para apagar mis incendios. Las encolerizadas palabras con las que rechacé ante otros la posibilidad de ese amor sólo son reflejo de su dolorosa existencia y mi desesperación tan radical. Aun así, el amor me crece como una enredadera, como el musgo en la piedra, como la hiedra en la pared. Sólo ha necesitado un poco de lágrimas, algo de humedad. Y ahora crece. Pero ni se puede enderezar lo torcido, ni se puede contar lo que falta.

EL CORO

*Ella aún no comprende que no está enamorada del Pastor sino de la ilusión del amor por el Pastor, y que eso es lo que la perturba: sólo una imagen más o menos filmica proyectada sobre el muro de su conciencia. Una ilusión, ya se sabe, es una representación que no tiene verdadera realidad, sugerida por la imaginación o causada por un engaño de los sentidos. Porque si le preguntaran, por ejemplo, cómo son las manos del Pastor, o de qué color son sus ojos, o si él tiene o no vellos en el pecho, no sabría responder: jamás se ha fijado en eso. Ni tampoco se ha percatado de que el Pastor no tiene verdadera fe, porque la fe debe ser ciega y a él la ceguera lo espanta. Que no tiene esperanza, porque la esperanza es una cualidad que exige valentía y a él el mundo y la vida lo atemorizan. Y que no tiene conocimiento, porque no ha comprendido tan siquiera su propio sentido. El Pastor es como un tigre vegetariano. No se puede mantener a un tigre con una dieta de verduras. Un tigre solamente es un tigre cuando come carne: un tigre vegetariano es un completo absurdo y una perversión. Por otra parte, un amor verdadero, profundo, exige un nuevo pacto, ratificado con sacrificio. ¿Sacrificarián **ellos** las propias posibilidades o, mejor dicho, la ilusión de las propias posibilidades? En particular ¿lo haría ella?*

La respuesta tiende a ser que no, y eso evita que se produzca un sentimiento hondo y responsable: la posibilidad de la experiencia del verdadero amor.

EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO

*Para los pastores Juan y Jacqueline, de la iglesia
Canaán, pastores principales del Movimiento
Internacional Tierra Prometida*

Ya que se mencionaron por allí los mensajes de texto que intercambiábamos como prueba de alguna situación turbia, diré que los tengo guardados todos en la nube: desde el primero hasta el último, y puedo afirmar con verdad que en ninguno de ellos hay algo censurable o poco edificante, aunque, por supuesto, y aunque se me ha pedido que lo haga, jamás los mostraré pues forman parte de mi vida privada (y la del Pastor) y una persona no debe permitir que violen su derecho a la privacidad. Eran generalmente devocionales, consultas que en dos oportunidades yo le hice sobre aspectos de mi vida personal, o que él me hizo, sobre todo en cuanto a la negociación del terreno y posterior legalización o sobre la construcción del templo, avisos de transferencia de diezmos y ofrendas y a veces comentarios que le hice, en atención a la

amistad, sobre libros que yo estaba leyendo, o poemas, incluyendo textos poéticos de la Biblia, que son mis aficiones. Por otra parte, los únicos que fueron enviados en horas posteriores a las 9 de la noche son los referidos a la negociación del terreno. Implicar algo indebido en ese intercambio no solo me ofende a mí sino que ofende al Pastor y especular sobre ese asunto no conduce al crecimiento espiritual que esperamos.

EL CORO

*¿Recordará ella que fue él quien comenzó el devaneo
y lo continuó a pesar de su cautela inicial?
¿Recordará que luego él la dejó cargar con toda la
culpa? Fue la Mujer, dijo Adán al Señor, en ese
primer acto reseñado de echar las responsabilidades
al otro (y la mujer dijo: fue la serpiente, y, si mal no
se recuerda, la serpiente no dijo nada, pero hizo
mutis por el foro dejando para otro momento eso de
que la Mujer le aplastaría la cabeza) Ella pudiera
revertir la carga de las culpas si solamente mostrara
los comprometedores mensajes (que, además, a nada
comprometen, pues son solamente textos de la Biblia
más o menos forzados a cambiar de contexto,
volviéndose metáforas del Deseo, de lo Erótico, con
mayúsculas, algunos de ellos explícitamente, como en
la propia Escritura) Pero no lo hace, ni lo hará
jamás. Porque aún lo protege, dice ella, hasta de sí
mismo, por causa de su amor. Y se siente altruista
por ello.*

SMSs

(LOS AMOROSOS)

20 de septiembre de 2018

9:35 am

El que no ha sufrido, no ha amado nunca. Y si yo tengo que sufrir por su amor, estoy dispuesto. Su Pastor.

En la Text App:

No entiendo el mensaje del Pastor. Me retiré el domingo del servicio porque me molestó mucho que hubiera interrumpido sin avisarme las secciones de lectura que acordamos. Todavía imbuida en esa molestia, tampoco fui al servicio del miércoles. Aun así, no entiendo el mensaje. Es raro.

23 de septiembre de 2018

8:25 am

Ya van dos domingos que deja de asistir al servicio. Quiero verla el miércoles. No falte. No deje de congregarse, como algunos acostumbran: es recomendación del apóstol Pablo. Además, yo la extraño mucho. La

busco en la primera hilera de sillas, donde usted se sienta, al lado de la niñita Zoriamis en su coche. El próximo miércoles, usted llevará la reflexión de la Palabra. Por favor, por favor, no falte. Su Pastor.

En la Text App:

Guardado, sin respuesta. Aún estoy molesta por el asunto de las lecturas, de las que faltan dos. Quiero destacar la importancia de las mujeres en la instauración del primer cristianismo y el papel preponderante que les dio Jesús. Y resaltar la labor de María Magdalena, a quien deseo emular.

10 de octubre de 2018

7:45 am

Gracias. Dios la bendiga. Verla allí sentada me ilumina la vida. Y me encanta cómo usted lleva las reflexiones de la Palabra, de manera certera y poco dogmática. Aunque usted es muy tajante y heterodoxa, creo que tiene un destino como el de Sara, la de la Biblia, que en la ancianidad hizo grandes cosas. Su Pastor.

2:54 pm

Bendiciones. Gracias a usted por sus conceptos y su comprensión. También por su insistencia en darme oportunidades. Pero no creo ser como Sara, que lo único que hizo bien a mi entender fue parir después de vieja a un futuro líder de nación. Me gustaría más

ser como una de las mujeres que sirvieron a Jesús: Juana de Cusa, o la madre de los Zebedeos, o María Magdalena: ser útil a la causa del Reino.

24 de octubre de 2018

8:45 am

Sus palabras eran lo que necesitaba. Ahora sí me voy a mejorar. Su Pastor.

En la Text App:

El Pastor tuvo un leve accidente que le provocó lumbalgia y no pudo oficiar este miércoles. Yo le escribí: *-Es verdad que todo lo podemos en Cristo, que nos fortalece, pero no hay que abusar. Lo extrañamos mucho. Cuídese y mejórese. Ésa fue su respuesta.*

10 de noviembre de 2018

4:00 am

*Por la mañana hazme saber de tu gran amor, porque en ti he puesto mi confianza. Señálame el camino que debo seguir, porque a ti elevo mi alma (**Salmo 143: 8**)*

En la Text App:

Guardado. Sin respuesta.

14 de noviembre de 2018

3:59 am

*Recuerde, con **Marcos 21:24**, que Si ustedes creen, recibirán todo lo que pidan en oración. Y la Palabra dice TODO, no una parte. Así que ore por lo imposible, porque lo imposible podrá ser posible si usted ora con suficiente fe. Su Pastor.*

En la Text App:

Guardado. Sin respuesta ¿Qué puedo responder? En este caso, mi petición imposible es conseguir 100 mil dólares. Con eso construiría lo que falta de mi casa, ayudaría en la construcción de la iglesia, ayudaría a mis hijos y aseguraría mi futuro sustento. En el servicio nos pidió ardientemente que pidiéramos lo imposible, y al terminar, cuando me estaba despidiendo, él me dijo que *yo sabía lo que él había pedido y que qué había pedido yo* ¿Por qué tengo que saber yo lo que él ansía? ¿y por qué tengo que decirle lo que yo ansío?

17 de noviembre de 2018

4:05 am

*Sigo la recomendación que me hizo sobre la lectura de **Cantares**. De verdad es un hermoso poema que merece ser leído sin que medie siempre la interpretación eclesial (no teológica, sino de la iglesia y sus normativas*

60 Milagros Mata Gil: **El Acoso**

y ¿prejuicios?) Gracias por recomendármelo. Cada vez que lo leo, y lo leeré muchas veces, pensaré en usted. Su Pastor.

19 de noviembre de 2018

4:45 am

Buenos días, mi amada hermana. He estado leyendo el libro de Blake que me prestó. Las ilustraciones son muy bellas. Leí también sobre este poeta (le pedí a mi hijo que buscara alguna información en la INTERNET) Usted me abre otros paisajes. Gracias por eso. Su Pastor.

6:43 am

Buenos días y bendiciones: revivo del Libro de Thel los siguientes versos: “*Tu aliento nutre al inocente cordero, él huele tus prendas de leche/ Él cosecha tus flores, mientras tú te sientas y le sonrías a su cara/ Limpiando su tierna y mansa boca de toda mancha contagiosa/ Tu vino purifica la dorada miel, tu perfume/ Que derramas sobre cada pequeña hoja de hierba que brota/ Revive a la vaca ordeñada, y amansa al corcel de aliento de llamas*” ¿no le parecen cercanos a los **Cantares?**

7:02 am

Es verdad: hay un parecido ¿semántico?

7:12 am

No. Creo que más bien “musical” Léalo completo y luego comentaremos. Es un poema muy profundo.

5 de diciembre de 2018

6:30 pm

¡Ojalá pudiera mi cabeza reposar sobre su izquierda! ¡Ojalá su derecha me abrazara! Su Pastor

6: 35 pm

Es un texto de **Cantares**. Con mucho, uno de los mejores poemas eróticos de la literatura universal. De mis favoritos son los versículos: - *Ponme como un sello sobre tu corazón; llévame como una marca sobre tu brazo. Fuerte es el amor, como la muerte, y tenaz la pasión, como el sepulcro. Como llama divina es el fuego ardiente del amor. Ni las muchas aguas pueden apagarlo, ni los ríos pueden extinguirlo. Si alguien ofreciera todas sus riquezas a cambio del amor, sólo conseguiría el desprecio.* (**Cantares 8:6-8**)

(Siento que he cruzado alguna línea, me siento como embriagada, pero ya no me importa: me lanza y escribo: **Cantares 1:7**

Cuéntame, amor de mi vida, ¿dónde apacientas tus rebaños?, ¿dónde a la hora de la siesta los haces reposar?)

10 de diciembre de 2018

8:10 pm

Bendiciones, pastor. Quiero disculparme porque esta mañana le respondí con brusquedad. A veces soy así, especialmente cuando estoy afanada y he tenido en estos días mucho trabajo.

Mi madre me enseñó un poema, de Gabriela Mistral, que repetíamos al dormir: “*Dichosa yo si al final del día un odio menos llevo en mí/ y si una luz mis pasos guía/ y si un nuevo error yo extingúi/ y si por la rudeza mía nadie sus lágrimas vertió/y si alguien tuvo la alegría que mi ternura le ofreció” Hoy no puedo decirme tan dichosa, porque fui ruda con quien no lo merece jamás.*

8:12 pm

Es un poema muy bello, gracias por compartirlo. Y no se preocupe por lo demás: lo considero siempre parte de mi trabajo, como me enseñó mi pastor Juan.

8:14 pm

Gracias por su gentileza y comprensión. Mis brusquedades son parte de esos *desacompasamientos* de la pasión de que habla Baudelaire, pues me confieso una mujer llena de pasiones, pero me disculpo porque lo considero a usted mi amigo. Y a los amigos uno debe tratarlos con afecto, respeto y amabilidad y acudir a ellos siempre en confianza. Ser llamado amigo era el elogio supremo para un griego, reservado únicamente para los más amados.

8:16 pm

Le estoy agradecido por considerarme su amigo. Eso es muy importante, porque no abundan los amigos.

8:19 pm

Tengo algunos amigos: pocos y especiales, y por todos y cada uno de ellos sería capaz de dar la vida. Una vez que escojo a alguien como amigo, lo adopto en mi corazón como

un integrante de mi familia. Y haga lo que haga, pórtese como se porte, es para mí objeto de amor, tolerancia y comprensión. Por usted siento esa calidad de la amistad, porque usted se me ha vuelto parte esencial. Quizás usted es capaz de imaginar cómo ha cambiado mi vida y mi manera de ver el mundo.

8:22 pm

El Señor Jesucristo daba mucha importancia a la amistad. Vea Juan 15.

8:25 pm

Amén. De hecho, en ese Evangelio, que es el del Amor, se hace una distinción semántica muy interesante sobre el término **amigo**. Es decir, amigo como **igual, compañero**. Buenas noches mi pastor. Que descansen.

8:30 pm

Duerma bien, descanse usted también sobre nubes rosadas y suaves que acunen sus sueños. Y que los ángeles le den cobijo. No olvide nunca que soy su pastor y que la amo.

18 de diciembre de 2018

7:23 pm

Amado pastor, buenas noches. Acabo de terminar la lectura del cuaderno que tuvo a bien prestarme. No fue ninguna carga para mí esa lectura. Por el contrario, encontré placer y edificación en sus textos y fui conmovida por su escritura manuscrita. Pues sí, me parece que usted debería proponerse digitalizar todos los cuadernos y luego de una depuración para evitar repeticiones y errores, ya que usted me dice que ha venido escribiendo a lo largo de unos 12 años y serán inevitables, es posible hacer los trabajos y gestiones para publicar un excelente libro, útil para todos.

7:27 pm

Por otra parte, quiero decirle que me encanta su forma de predicar. Y el acompañamiento musical que se hace lo convierte en un predicador sui generis, de los que no abundan. Ojalá más personas pudieran escucharlo, pues ello redundaría en el crecimiento del Reino.

23 de diciembre de 2018

4:15 am

Cantares 1:2-3

7:30 pm

Nadie ha visto jamás a Dios, pero si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece entre nosotros, y entre nosotros su amor se ha manifestado plenamente. Su Pastor.

En la Text App:

Guardados. Sin respuesta. No sé qué responder. Hoy nos vimos después, en el almuerzo navideño. Como estaba en el grupo de servicio, personalmente le serví cuantas veces quiso, sobre todo dulces, que le encantan. Con la máxima modestia y los ojos bajos y la sonrisa presta. Ninguno de los dos da muestras públicas de lo que compartimos en privado, que es más una sensación que algo explícito... Sí: es implícito. Son gestos, miradas, roces, y palabras sesgadas. Cuando yo llego al servicio, saludo primero a todos los que me encuentre en el camino y por último, lo saludo. A veces, lo noto impaciente por esa actitud, pero se contiene y se calma cuando le sonríe y me sonríe. A menudo lo beso en la mejilla y después, con un gesto, le limpio la huella del labial.

24 de diciembre de 2018

4:35 am

Hoy celebramos el nacimiento de lo que ha sido nuestra esperanza. Feliz Navidad.

5:01 am

Le confieso, mi Pastor, que tengo miedo del Amor.

8:15 am

Feliz Navidad para usted también. No olvide que la amo mucho más de lo que usted cree. Y no tenga miedo del amor, porque Dios es Amor y Jesús nos lo propuso como el camino correcto a seguir: el del nuevo pacto. Así, los que seguimos los Evangelios debemos amarnos los unos a los otros. Su Pastor.

27 de diciembre de 2018

3:15 am

Guardo cada una de sus palabras en el aposento secreto de mi corazón y las recuerdo, las saco de vez en cuando para releerlas y revisarlas. Lamentablemente, la capacidad de mi teléfono es limitada, pero mi memoria las evoca, como la evoco a usted, a cada instante. Cada día, cuando pienso en estas cosas, me afianzo en que se trata siempre de guardar la esperanza y perseverar en ella. Su Pastor.

3:22 am

Romanos 8:24-25 (La esperanza) Porque en esa esperanza fuimos salvados. Pero la

esperanza que se ve, ya no es esperanza. ¿Quién espera lo que ya tiene? Pero si esperamos lo que todavía no tenemos, en la espera mostramos nuestra constancia.

3:25 am

Pero debemos perseverar y mantenernos firmes.

3:27 am

Nos mantendremos firmes. Amén. Además, mi Pastor: nada nada nada me apartará del amor de Cristo, que es lo más importante, lo más vital de mi vida.

28 de diciembre de 2018

4:47 am

*De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros. La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a la frustración (**Romanos 8: 18-19**) Su Pastor.*

En la Text App:

Guardado. Sin respuesta.

30 de diciembre de 2018

7:25 pm

Bendiciones, mi Pastor. De nuevo soy objeto de murmuraciones y malquerencias. No siento haber hecho nada que pueda ser censurable o enjundiosamente malo para la causa del Señor. En verdad, reconozco que usted cambió algo en mí. Me hizo más sensible a los seres humanos y su humanidad. Pero lo considero un muy especial amigo y no quiero que se enturbie esta amistad que mantenemos con chismes y sospechas. Ni quiero perjudicar la paz congregacional. Le ratifico lo que le he dicho: deseo ser como María Magdalena: una sierva que siente por usted el puro y vicario amor de Cristo Nuestro Señor, pero temo ser malentendida.

8:35 pm

Dios la bendiga y la proteja. No haga caso de las murmuraciones. Quienes murmuran lo hacen por ignorancia. Usted sabe que muchas personas no pueden comprender las maneras y formas de actuar de otras, que son diferentes en culturas y experiencias. Y sabe que muchos hombres y mujeres de la historia han sido vilipendiados. Hasta al mismo señor Jesucristo lo llamaron Belcebú y otros nombres. La diferencia fue que todas esas personas se mostraron en su verdadero y

virtuoso ser, a pesar de los vilipendios y chismes. Y triunfaron. Recuerde que las acciones valen más que las palabras. Y que más son los que la aman que los que no. Su Pastor.

8:40 pm

Si a veces no le respondo de inmediato, no quiero que piense que la ignoro. Es porque no siempre me es posible responderle. Pero la tengo presente en mis pensamientos a cada instante. Su Pastor.

9:30 pm

Crea, por favor, que para todos hay un Edén prometido. No puedo decirle más. Pero crea. Su Pastor.

9:33 pm

Así como ha dicho que usted cree en mis posibilidades y potencialidades, por favor por favor por favor, le suplico que siga creyendo, que no se acongoje pensando que la esperanza es una ilusión. Su Pastor.

En la Text App:

Guardados. Sin respuesta (¿Qué responder? Hay como mucha angustia en estos llamados a la fe)

4 de enero de 2019

4:25 am

Bendiciones. Mi mayor deseo es verla esta noche en la vigilia de las Primicias y ver llegar el amanecer en su compañía. Sea usted la reina que es y conceda a este siervo ese favor. Sé que puede serle difícil, porque pasar fuera y despierta toda la noche, a su edad, y si toma medicamentos, no es fácil. Prometo dispensarla si la veo cansada y mandarla a descansar, pero entrégüeme la primicia de su presencia. Su Pastor.

En la Text App:

Guardado. Sin respuesta. Nos encontramos de noche en la vigilia. Me vestí con mucha elegancia (porque era la primicia) y él entró y se sintió turbado y nervioso y disimuló su complacencia, aunque luego lo dijo en público. Dijo que había pedido al Señor que yo estuviera y que le agradaba mucho ver que allí yo estaba Con tacones, soy más alta que él.

5 de enero de 2019

10:25 am

Gracias gracias gracias. Aunque no hubo ninguna teofanía en la vigilia, lo que usted dijo, cómo dijo que se sintió “enamorada de la congregación y su pastor” fue más que suficiente. Nosotros también la amamos. Gracias por corresponderme. Gracias. Me encantó que me atendiera, que me sirviera pan con su mermelada de pomalaca y me llenara varias veces el vasito con chocolate. Eso fue un privilegio: que usted me sirviera humilde y soniente. Y luego, cuando nos tomamos de las manos para

orar, quiso el azar que usted estuviera a mi derecha y fui muy consciente de su mano y de que estábamos mirando juntos “por primera vez” cómo iba apareciendo el amanecer. Más cuando se despidió y me dijo que me quería mucho. Ni siquiera sé qué hacer con el recuerdo de sus palabras. Espero verla mañana en el servicio. Es lo que más anhelo en mi corazón. Su Pastor.

5:00 pm

No creo poder ir mañana al servicio, mi pastor. Quiero alejarme un poco, establecer una distancia emocional porque necesito más que nunca en mi vida ser mesurada y estar tranquila. En cuanto a mis palabras, créame que usted las merece. Guárdelas en el mismo armario donde guarda sus obsequios tanpreciados. En el aposento secreto de su corazón, como usted dice.

5:10 pm

Sea mesurada y esté tranquila, pero persevera.

5:12 pm

*Puedo perseverar en la esperanza. Esté seguro de que nada, ni nadie, me apartarán de Su Amor (el mismo que la Escritura de **Romanos 8** señala) Mas no es un amor carnal, sino espiritual.*

*Pero, como en el verso de Browning, ‘De repente,
como sucede con las cosas extrañas, desapareció’*

(Luego, vino el silencio: el atroz silencio)

25 de enero de 2019

4:47 pm

No sabe usted lo que estoy sufriendo, pero soy un cobarde. Lo que más temo es su desprecio, todo lo demás lo merezco.

8:54 pm

¿Quién es usted? ¿Ya no es más mi Pastor?

EL CORO

No es fácil encender una hoguera, y una vez encendida, más difícil es controlarla.

EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO

Para los pastores Juan y Jacqueline, de la iglesia Canaán, pastores principales del Movimiento Internacional Tierra Prometida

Aquí es preciso intercalar que pido perdón al Pastor por las palabras estúpidas, crueles y desconsideradas con las que me expresé ante la pastora Jacqueline sobre él: fueron producto de mi necesidad y mi irritación. No es correcto descalificarlo como objeto de amor basándome en comparaciones injustas y odiosas. Ratifico aquí que lo he amado antes y hasta lo sigo amando, a pesar de la debilidad y la timidez con que ha enfocado el conflicto, dejando que las cargas caigan todas sobre mí y pague yo todas las consecuencias (que han afectado mi salud física, mental y espiritual y también la salud congregacional), dejándose manipular por personas interesadas y circunstancias, aunque también puedo entenderlo. Lo he amado como una oveja a su guía, como una hermana a

*su hermano, como una amiga a un amigo, siempre en el contexto de **1 Corintios 13.***

VII.

He estado orando y ayunando con fervor: el Señor me ha dicho que no cierre aún el capítulo, que no pase aún la página, que no olvide, sino quepersevere, pues Él cumplirá lo que prometió cuando le pedía fervorosamente que me dejara ver Su Voluntad, que me impidiera ser piedra de tropiezo para ese hombre (y Él me dijo que, por el contrario, yo estaba destinada a serle *piedra de construcción*) A veces, dudo ¿y si es el Tentador, jugando con mi mente, tratando de inducirme al pecado, al adulterio, o, por lo mínimo, a la confusión? Porque el Diablo puede aparecerse como Ángel de Luz.

EL CORO

*Una consideración y un análisis preciso de los sueños que ella tuvo arrojan como resultado una tendencia bastante pronunciada a proveer a la persona del Pastor de atributos sobrehumanos. Es decir, que lo inconsciente intenta crear, a partir de la persona del Pastor, una intuición divina del envoltorio de su personalidad humana. Por lo tanto, la transferencia, considerada como **un amor inadecuado** ¿No será sino una tergiversación producida **en la conciencia?** ¿Podría ser que el*

deseo de que Dios intervenga en su vida provoque en ella una pasión que emerge del impulso natural menos influenciado por la costumbre y más oscuro? ¿No será el Pastor sólo elemento vicario de lo que es la verdadera Pasión?

LOS SUEÑOS

SUEÑO 1

Un toro es alzado con poleas para colocarlo sobre una especie de torreta elevada unos 15 metros sobre la tierra. La torreta es de madera, que parece nueva, aunque endeble. Un hombre y cuatro mujeres manejan las poleas para elevar al toro y acomodarlo sobre la plataforma, que es estrecha, a mi entender de espectadora, para contenerlo (aunque es un toro criollo, no tan grande) Maniobran y maniobran para que el toro asiente las cuatro patas. Cuando lo logran, retiran los ganchos de las poleas y la torreta se derrumba, pues la madera se ha envejecido y deteriorado, y el toro cae en tierra. Es un terreno baldío, con abundantes espinas y piedras, aunque tiene un área cultivable. Tiene más o menos una hectárea. El toro caído se levanta y se sacude, pero está uncido a los restos de la torreta, de los que no puede desprenderse. Llega un muchacho con un látigo y le golpea las ancas y le ordene que are que are que are. Y el toro es un buey, sin dejar de ser toro, pero tampoco puede arar porque el terreno es duro y las maderas no son lo suficientemente fuertes. Entonces, el toro pide al Señor que le dé más terreno: ensancha mi terreno, dice, dame ese monte y aparece ante él un terreno enmontado y más allá de eso, un horizonte de llanuras hermosas y fértiles. El Señor le responde: te hice toro y has escogido ser buey, pero aún los atributos de buey perderás si no actúas.

SUEÑO 2

En el mismo terreno del sueño 1 hay tirado un cadáver, pero no se distingue bien quién es, ni qué es. Bandadas de carroñeras, quizás zanahorias, vuelan en círculos, altas. Un grupo de personas se congrega en torno al cadáver, pero solamente miran. Nadie actúa. Nadie habla. Nadie murmura. Lejos, se escucha la voz enojada de una mujer que grita: -No quiero ensanchar las cuerdas de mi tienda. Eso solo trae más trabajo. No quiero. No quiero más trabajo.

SUEÑO 3

Mismo terreno de los sueños 1 y 2. El Pastor, con ropas sucias, está sentado cabizbajo en una gran laja, pero casi al nivel del suelo. Estoy deprimido estoy deprimido repite incansablemente y eso se nota en la flojedad del cuerpo, en la espalda curvada, en la cerviz inclinada, en las manos colgantes. Se para y camina con pasos inciertos hacia el límite entre el terreno descubierto y el enmontado. Se detiene porque hay allí un arroyo de más o menos 1 metro de ancho, fácil de saltar, pero él no quiere o no puede. Viene el Ángel y, del lado enmontado, lo insta: -Cruza, le dice. -No puedo, dice el Pastor. -Cruza. Éste es tu Jordán. -No puedo. -Cruza, insiste, con voz cada vez más imperativa. -No puedo, porque el agua es amarga. -Si no cruzas, dice el Ángel, recuerda entonces la parábola de los talentos: todo te será quitado.

SUEÑO 4

El Pastor toma mi mano y me muestra una alianza: un anillo de oro. No lo coloca en mi dedo, sino que sólo me lo muestra.

SUEÑO 5

Salgo de una iglesia que parece la de Canaán, la de los pastores Juan y Jacqueline, y, en el lateral hay una escalera de cemento, muy rústica, encajonada entre la pared de la iglesia y un paredón, donde hay muchos obstáculos de metal (tuberías oxidadas, restos de motores, pedazos de trozos de aluminio) Asciendo por esa escalera y, al final, hay una puerta cerrada de metal, que abro. Al otro lado no hay nada más: el vacío, y, más allá, un horizonte de praderas. Me quedo allí, desconcertada, mas no atemorizada, balanceándome en el borde precario. Entonces, inesperadamente, llega el Pastor cabalgando en un corcel, me extiende la mano, me impulsa a la grupa y partimos volando o flotando rumbo al horizonte.

EL CORO

Dejó dicho Calderón de la Barca que la vida es sueño y los sueños, sueños son. Los expertos dicen que los sueños son una especie de vertedero de restos de la vida consciente: escombros de deseos, fragmentos de cosas aprendidas, cascajos de memorias, limaduras de actos que se cumplieron, recortes de algún texto, pedazos del barro que somos, segmentos de historias que se vivieron, piezas de motores vitales desechados, guilindrajos provenientes de tesoros compartidos, trazos de dolor, cuotas de alegrías, alas de mariposas mayormente negras. Bastaría que ella se acercara más a esos sueños para que viera lo que hay en realidad: maderas podridas y rotas, atadas con trozos de cuerda también podridos; un terreno de tierra lavada y llena de abrojos; un toro voluntariamente castrado y lleno de su propia mierda; un grupo de operarios ineficientes; una mujer acomodaticia; un cadáver pudriéndose ante gente que mira, indiferente a los olores, el vuelo de los zamuros y el terror de los gusanos: espectadores del horror; un hombre incapaz de cruzar su Jordán de 1 metro de ancho; una especie de novio que muestra el anillo, mas no se compromete; una iglesia encajonada contra un muro, con una escalera que no conduce a nada, sucia y llena de obstáculos, y finalmente un jinete imposible

¿Qué conclusión se puede obtener sino que todo conduce a desastre, ruina, calamidad, pérdida, naufragio, hundimiento? ¿Qué se puede ministrar a partir de allí sino advertencia para la que sueña? Es ella la ministrada, no un otro protagonista de arcos ligeros y de lienzo pintado.

VIII.

Una mañana, muy temprano, vi al Pastor por la calle donde queda la iglesia. Aunque yo había decidido evadir esa ruta para evitar malos encuentros, no me pareció que a esa hora podía topar con alguna de las personas de la congregación, así que yo iba y él venía en sentido contrario. Cuando me divisó desde lejos, él cruzó por uno de los callejones laterales. A esa hora, bajo la clara luz del amanecer, todo lucía quieto y cerrado. No sé qué pensó él. Yo seguí caminando y miré hacia el callejón: lo vi escondido tras un arbusto. Eso me produjo una infinita tristeza.

EL CORO

¿En qué podría concluir el drama singular que subsiste entre estos dos, que tratan de convencerse a sí mismos (y de convencer al público que los observa) de que son enemigos jurados, de que portan armas

*hirientes de palabras para ir acuchillando al otro, insultándose siempre por medio de otros, que sirven de mensajeros de estas batallas? ¿Se ha transformado el amor en odio? ¿Y es el amor realmente lo contrario del odio? Ya la cosa ha alcanzado fulgores de tragedia y Dios actúa como **didáskalos**. Sin embargo, una tragedia puede tener un final feliz sin perder el sentido auténtico de lo trágico, en la medida en que hay dolor, sufrimiento, enfrentamiento del hombre con su propio destino, grandeza moral y afirmación del yo humano. No necesariamente debe haber justicia trágica, es decir, el bueno no tiene por qué ser premiado, ni el malvado castigado (¿quién decidiría en este caso sobre la bondad o la maldad?). Lo importante es la resolución que los personajes trágicos habrán de tomar. Al final, sólo debería importar si se logra o no la catarsis, es decir, de la liberación del sentimiento de los espectadores (que los hay, y son muchos) al identificarse con los personajes trágicos. Porque, así no lo hayan notado o registrado, los espectadores están sufriendo. Hay entre ellos ramalaños de duda y desencanto.*

EPÍSTOLA EN DEFENSA DE MI PERSONAL MINISTERIO

*Para los pastores Juan y Jacqueline, de la iglesia
Canaán, pastores principales del Movimiento
Internacional Tierra Prometida*

Por lo demás, todos los acusadores principales y la esposa, específicamente, deberían pensar con lógica: ¿por qué razón me embarcaría yo en la búsqueda de una relación sin futuro? ¿soy acaso una adolescente repleta de hormonas y descocada? ¿o soy una anciana de casi 70 años, inteligente hasta la frialdad y muy experimentada en cosas de la vida real? Analicen: no estoy demente para hacer algo así como buscar una relación conflictiva y sin futuro con un hombre apartado para Dios y que nada puede ofrecerme en el supuesto de que tal cosa sucediera.

¿Qué si me gustaba el Pastor? –Sí: me gustaban su inteligencia natural, su sensibilidad, ese aire medio de poeta, semejante al David del principio, el pastor que seducía a las ovejas con su música y sus palabras. Me gustaban su conversación y su buen humor. Me gustaba mucho él y lo fui asumiendo como un amigo.

¿Me atraía el Pastor como hombre? –Pensándolo bien, muchas veces lo encontré atractivo y elegante dentro de su

*modestia, pero sin que eso me produjera ningún pensamiento lujurioso, y, por supuesto, sin ninguna intención consciente o inconsciente de atentar contra la santidad de su matrimonio y muchísimo menos contra la integridad de su ministerio pastoral, que lo convierte en anatema: herem, un hombre apartado por Dios. Si alguien pensó que había carnalidad en esa atracción lo invito a leer **Romanos 8** para que se despoje de su pensamiento carnal y asuma lo espiritual que nos es digno como cristianos.*

¿Me enamoré del Pastor? —No. Mi amigo Luis Guillermo, a quien referí toda esta peripecia, me explicó que enamorarse implica un enajenamiento, es decir, querer ser uno con el otro, querer vincularse totalmente con el otro, entregarse absolutamente al otro y acercarse al otro hasta absorberse en su espacio. Eso implicaría la necesidad patológica de saber del otro, de verlo, de aspirar su aire, de tocarlo. Y eso no lo siento, ni lo he sentido desde que una vez, en mis lejanos 17 años, tuve mi primer novio.

EL CORO

El amor es un asunto complejo. Se presenta cuando menos se lo espera y es capaz de transformar enteramente la vida. A menudo se confunde con la lujuria, que puede trastocar la existencia hasta el extremo de que sólo importa la persona a quien se cree amar. Con engañosas artimañas, la lujuria

lleva a matar por ella, a darlo todo por esa persona, hasta que, una vez saciado el deseo, uno se percata de que era sólo una vacua ilusión. La luxuria es un viaje a ninguna parte y arrastra a parajes inhóspitos. Con todo, hay seres que se dejan encantar y se embarcan en tales andaduras, sin importarles el destino final. El amor es también un viaje, una travesía, una placentera singladura, cuyo destino final es la muerte. Y quizás el amor sea más parecido a la amistad que al deseo carnal.

IX.

*Mientras más torturado y abatido,
El corazón del hombre es más sincero.*

*Tras de cada nublado hay un lucero,
Y por ruda tormenta sacudido,
Florece hasta morir el limonero.*

(Andrés Mata: Música Triste)

Esta tarde soñé que iba en una especie de barcaza, dejándome arrastrar por la corriente de un río ocre, caudalosamente turbulento y muy ancho, flanqueado de selva exuberante. Yo iba acostada, los ojos cerrados, sintiendo todo el dolor de mi alma y mi corazón: dolor que

caía fuertemente y a plomo sobre mi cuerpo frágil y descalzo. Era esa hora en la que el ocaso no termina de terminar y una luz violeta se derrama hasta que poco a poco entra la cerrada noche. Iba yo orando al Señor para que me sanara las heridas del corazón, me restaurara, permitiera que se fueran las aflicciones que me estaban matando tan lentamente y porque su Santo Espíritu me llenara de fuego, levantándome de la depresión y el desencanto. O que me hiciera morir, porque, pensaba, quizás es mejor morir en el apogeo de una pasión como ésta que seguir viviendo, devorada por las penas y penurias de una vejez rutinaria y con la permanente nostalgia de lo que pudo ser. Entonces, vi al Señor mismo sentado a mi lado. Era un hombre como en los treinta, quemado por los soles de los caminantes, de cabello oscuro, no tan largo como se le suele representar, de mirada sólida en sus ojos marrones, con una cuidada barba corta y vestido con una túnica clara. Él se sentaba en un banquito y tenía a su lado un balde metálico lleno de agua con trozos de hielo. Metió la mano en mi pecho y me sacó el corazón para sumergirlo en el agua del balde. Cuando lo sacó la primera vez se veían en él varias heridas verticales, como si hubieran sido hechas por algún tipo de puñal. Echó el agua al río y he allí que el balde volvió a estar lleno y el Señor volvió a sumergir en él mi corazón. Lo hizo así una y otra y otra vez a lo largo de toda la negra noche y el agua del río ocre se iba enrojeciendo más y más cada vez que botaba el agua del balde y mi corazón se iba empequeñeciendo, se iba convirtiendo en una especie de lámpara de cuarzo transparente, que cabía en una mano

empuñada y que dejaba ver dentro una luz amarilla. Entonces, llegó el amanecer como suele llegar por aquellas tierras y entramos al delta de aquel río y desperté totalmente (pero en el sueño) y esta vez ante mí estaba bajo el sol naciente el clamoroso mar océano.

EL CORO

Ella tiene que elegir la vida. Ya que es creyente en Él, debe basarse en el ejemplo de Jesús: su inmolación no fue un final, sino un comienzo. Y todo comienzo significa resurrección: de esa realidad ella tiene que sacar el sentido y la fuerza para luchar contra los poderes de muerte que se agazapan en todas partes y que se oponen a la vida. Sin embargo, para que sea épica como corresponde al conflicto, esa lucha tiene que ir más allá del discurso abstracto: ella debe reconocer la esencia de su sufrimiento y quejarse, gritar, rebelarse. Debe soltar sus palabras de una vez, narrando, aunque agriete con ellas el cielo, para obtener liberación.

X.

Es tiempo ya de continuar, claman estentóreamente mi Razón y mi Instinto. Corro el riesgo de que se me gangrenen las heridas que en el alma me causan evocarlo y desecharlo y resentir el ardor del abandono. ¿Por qué he de prolongar la pena en los recodos del camino, perseguida por Furias y Erinnias, acuchillada en las plazas de mi barrio, temerosa de las voces que parodian y hasta de los silencios? ¿Por qué he de sufrir yo, inocente como soy, mientras mis calumniadores prosperan y son felices? (Aunque ¿soy tan inocente? ¿O, como la oveja de Nietzsche ante el pastor ascético soy **culpable de mí**?) ¿Por qué se me exige a mí perdonar a quienes ni reconocen sus fallas, ni se arrepienten, ni piden perdón sino se comportan como deudores morosos o me lanzan encima sus culpas como si fueran trapos sucios? ¿Por qué debo seguir yo trasegando este Mal? Tantas preguntas, ninguna respuesta que me ayude. Mis amigos, como los de Job, llevan a una teología ortodoxa sus explicaciones y sus intentos de consuelo. Yo sé que el sufrimiento forma parte de los misterios inescrutables de la vida de los que sólo Dios tiene la clave: nunca osaría pedirle explicaciones o reprocharle. Y sé también que Su Silencio no significa que es indiferente, lejano o perverso. Por el contrario, Su Amistad está con el que sufre. En eso me afianzo: en la *amistad de Dios*. Pues al ser Dios mi amigo, no hay posibilidad de que haya enemigos victoriosos. Pero el otro sufrimiento, el que me despoja del Paraíso, ése es

inevitabile, porque es Su Voluntad. Arrancada de él, me
esfuerzo en sobrevivir a la pérdida.

*Me despierto de repente, con la sensación de haber
sido tocada por el ala de un pájaro negro. De hecho,
estaba soñando que pájaros negros se posaban en el
viejo limonero del patio de atrás. En el sueño, los vi
saltar entre las ramas secas que quedaron de la
pasada sequía y sus reverdecimientos. Todo está
totalmente oscuro, porque hubo un apagón general de
electricidad, lo que se ha vuelto consuetudinario.
Siento la cama como sucia de polvo y el calor es
terrible. Estoy ahogándome. Me pregunto si es posible
que el odio se transforme en esta energía que quita el
aire alrededor de la persona odiada. Porque es esa
presencia de odio lo que siento. Es la esposa del
Pastor la imagen que veo dentro de mis párpados
cerrados brevemente y mis sienes palpitantes: su
cabellera de arbusto, sus ojos chispeando de fuego, su
cara enrojecida, su cuerpo informe cubierto de ropas
informes. Comienzo a toser con una tos que está en
la garganta y no en los bronquios, pero es áspera y
duele. De pronto, surgen las náuseas y el vómito.
Vomito una sustancia blanca, como una crema
mezclada con espuma. Y recuerdo lo que dicen de las
manifestaciones de liberación que se pueden producir
cuando uno ora. He estado orando, claro. Lo hice
antes de quedarme irrita en ese espeso sueño que*

bordea el término pesadilla. Sin tocarlo. Invoqué el poder de La Sangre del Cordero. Y ahora, de pronto, me siento totalmente bañada en sangre, que chorrea por mi cuerpo empapado en sudor, se mete por las grietas de mis ojos, empapa mi boca llena de vómito. Es una sensación aterradora: una cosa es decir repetida y fervorosamente que la Sangre de Cristo tiene Poder y la otra es sentir inmersas en ella la naturaleza carnal y la conciencia. Me incorporo en la cama, sangrante, para poder respirar y otro flujo de vómito me alcanza: y es el odio, revelándose una y otra vez. No. No es sólo la serpiente. Es otra cosa, que reside en la naturaleza humana, algo que la serpiente sólo puede estimular de cuando en cuando y que se despliega a veces sin control: es eso que en ocasiones desemboca en el homicidio. Porque ya que es imposible hacer desaparecer al adversario, dado que el no verlo no deshace la esencia de lo que es, y ya que parece imposible inducirlo a tomar su propia vida (pues se une a ella con un vigor inextricable) entonces se plantea la imperiosidad de devastarlo con las propias garras, aunque sean garras virtuales o saetas de odio.

Son las seis y media de la tarde del 18 de marzo y pronto llegará la primavera en el hemisferio norte. Aunque nosotros no tenemos estaciones, dicho en propiedad, los

efluviós estacionales sí nos tocan. Y en mi particular cosmogonía, el inicio de la primavera se corresponde con el inicio de mi año solar. Para eso me preparo. La primavera marca el fin del invierno y el inicio de la vida y los renuevos: Proserpina regresa del Hades y comienza a pasearse por las tierras y las hojas brotan de los troncos y aparecen flores donde había un yermo. Aún creo en los dioses griegos que me sirvieron de guías en la primera adolescencia. No es fácil desalojarlos. Muchas de mis costumbres derivan de la antigua Grecia: por ejemplo, creo de que los huéspedes son sagrados una vez que cruzan los dinteles de un hogar. Por eso solamente a algunos recibo dentro de la casa y me conformo con invitar a la gente a sentarse en el amplio patio bajo los árboles y en la frescura del cobertizo. Cuando yo era una niña creía que había vivido alguna vez en Grecia, quizás en una vida anterior. Pero eso también lo sentí después, cuando conocí la Toscana, y luego, cuando llegué a Sicilia de la mano de aquel film tan hermoso, *Cinema Paraíso*. O cuando estuve en Palermo con Atilano. En realidad, siento que mi alma es muy vieja, que he transitado por muchas vidas, muchos espacios, muchas experiencias de otros tiempos, a veces de sangre y de fuego, porque soy (me siento) guerrera pero también constructora de catedrales ¿Y ahora qué me ha tocado, que me tocará vivir aún, en cuántas vidas más?

La primavera llega con sus pasos contados, pues, y con ella se pueblan mis praderas interiores de ninfas y duendes, hadas, elfos y machos cabríos. Recuerdo que en

Irlanda, allá, en Annaghmakerrig, un lugar muy amado, después de la crudeza de un invierno que heló hasta las tuberías de la calefacción y el agua, de pronto aparecieron en el paisaje manchas de flores que habían dormido todo ese tiempo. Alternaban esos jardines espontáneos con los espacios aún ocupados por las nieves resistentes y el hielo que se iba retirando. Entonces, Bernard Loughlin, el jardinero, comenzó a quitar las delicadas gasas que cubrían el jardín de la Casa Grande. Ya no recuerdo los nombres de aquella floración. Y no importa. Lo que importa es el milagro de la *resurrección* que significa cada primavera. Esta tarde de marzo la luz va declinando. Recuerdo ahora que en Annaghmakerrig aquel clima en particular que alternaba lluvia, granizo y nieve, permaneció desde octubre hasta finales de abril, pero una vez que eclosionó la vida, ella se instauró con esplendor en las tierras más verdes y sus lagos. Recuerdo las manadas de cisnes, sus vuelos y navegaciones, y los rebaños de ovejas que habían estado resguardadas en rediles techados y de súbito salían a pastar, cerca de los manantiales de agua dulce que alimentan aquellos lagos. Siempre me ha parecido que el **Salmo 23** se adapta precisamente al paisaje irlandés: las tierras más verdes, como verde es su bandera y el color de su resistencia.

Aquí, hoy, la luz decrece suavemente. Hay una brisa suavísima que refresca y uno puede pensar perfectamente que *tierna es la noche*, aunque seguro Fitzgerald no pensaba en lo mismo que yo pienso, ni sentía, demás está decirlo, lo

que yo siento. La obscuridad avanza sigilosamente, ya moteada de estrellas: Venus reluce como una esquirla de plata y el cuarto de luna tarda, pero llegará. Quizás debo celebrar la entrada de la primavera el día del *equinoccio*: danzar aquí en mi huerto en honor a Dionisos, beber buen vino en odre nuevo (o en una copa de cristal) sacrificar la cabra que soy (Amaltea es mi nombre. Aries, mi signo) comer mi propia carne y representarme una tragedia para llegar a la *catarsis*. Y limpiarme. Desde los altavoces de una iglesia cercana, llamada Getsemaní, evocando más tormentos que gloria (*Jesús en aquel huerto estuvo triste, triste hasta la muerte, y lloró con lágrimas ardientes y abonó la tierra con gruesas gotas de sangre eran su sudor. Conocía su destino de sacrificio con intensos dolores y lo enfrentaba con talante de hombre y angustia. Y estaba solo. Solo. Abandonado a las fuerzas de un cometido inexorable y fatal.* Pero Él se plegó a la voluntad del Padre, se dio por entero a lo que el Padre tuviera reservado para él: fue su decisión personal) desde los altavoces, repito, me llegan ráfagas de música. Alguien canta –*si el sol llegase a oscurecer/ y no brille más/ yo igual confío en el Señor/ que Él me va ayudar.*

No estoy tan segura ya de eso, visto lo visto y experimentado lo experimentado: vuelvo a pensar en la situación de Jesús en el huerto, abandonado por sus amigos, quienes no pudieron velar por una hora, acompañándolo en su aflicción. Y de Jesús en la cruz clamando *Padre, padre ¿por qué me has desamparado?* ¿Quién no lo sentiría así? Sometido a una agotadora serie de juicios sumarios donde se le negó el

derecho a defenderse, torturado y apaleado, tratado con implacable brutalidad y arrastrado por las calles cargando un madero, en el castigo más humillante que imponían los romanos aquellos días, tratado como el más vil delincuente y convertido en la befa de la multitud, no es reprochable que se sintiera desahuciado hasta por aquél a quien llamaba, con infinita ternura, *Papá*. Sus padecimientos físicos y morales y hasta metafísicos fueron espantosos y helo allí, clavado de forma inmisericorde, sufriendo una muerte ignominiosa y martirizante con padecimientos insoportables y asfixia. Más aún: sabiéndose dejado por aquellos a quienes había distinguido con su amistad ¿Se le puede reprochar el que se quejara, el que levantara la voz para quejarse, inclusive con la conciencia de que debían cumplirse las profecías para salvación de todos nosotros? El abandono agrava las injusticias porque implica una traición al vínculo más íntimamente perfecto que une a los seres vivos: la amistad.

Pero era necesario, me dice una voz secreta, una voz que brota de mi pecho antes de llegar al cerebro: era necesario.

XI.

En estos días, he puesto en cuestión el cristianismo: mi práctica cristiana y la de esos otros que actuaron y siguen actuando alrededor ¿Dónde está el amor en el que se fundamenta? Siento las contradicciones, aun en mí misma. El *cristianismo* es una forma de vida, a mi entender, y no un

dogma, pero se deforma cuando se le aplican estrecheces dogmáticas. O cuando se sirve de sus infraestructuras para ejercer el *poder*. Es decir, *el dominio, la facultad y la jurisdicción que alguien tiene para mandar o ejecutar algo, hasta una acción equivocada*. Porque, auscultando las entrañas para extraer augurios de los pechos y los vientres envueltos en este asunto, para encontrar explicaciones lógicas, encontramos que todo se ha tratado de un asunto de *poder*: la hermana Mileida maniobró para defender, con celo ministerial, su rol protagónico y su *poder* dentro de la congregación; la esposa del Pastor actuó, difundió falsedades, manipuló y maniobró para defender, con variedad de celos, su *poder* sobre el Pastor y sobre la congregación; el Pastor, zarandeado por fuerzas que no pudo sortear y lo arrastraron, usó su *poder* para, desde el púlpito, maniobrar para no caerse de la torre de madera desde donde ve pasar el mundo, y así, mintió por omisión, guardó silencio y de todos modos tuvo que pagar tributo para conservar su *poder*. Los pastores principales del ministerio Canaán, Tierra Prometida, también quisieron afianzarse en su *poder* y maniobraron para resolver el conflicto en su beneficio final. Los líderes de la iglesia Tierra Prometida, seis o siete, se sintieron felices de ser consultados en un asunto tan puntual (y potencialmente escandaloso) y así pudieron ejercer su cuota de *poder* congregacional. Fue fácil propiciar que me desecharan, me proscribieran, me desalojaran. Y no hay que olvidar la envidia misérrimamente provinciana de medio pueblo más uno: la carcoma de todos los energúmenos astutamente solapados. Todos obtuvieron

de mi condena algún beneficio, aunque fuera solamente un pase de mano caritativo y afectuoso de la pareja pastoral, que verá afianzada su virtud. Solamente yo perdí: fui echada, cual Agar, al desierto: castigada y castigada y castigada, por un crimen no cometido, y aunque sé que en el desierto se aprende, no deja de ser desgarrador ese trance. Me consuela saber que hasta Agar, la fugitiva constante, la usada, finalmente encontró sosiego, asentamiento y linaje.

En realidad, aunque nunca quise ejercer ningún *poder* en ese contexto, yo pude, sin embargo, parecer una amenaza. Ciertamente, mi intención inicial fue totalmente altruista (si acaso, el egoísmo se traducía en el placer que aquellas reuniones me causaban) Pero luego caí en esa trampa -¿del Demonio?- que me atrapó desprevenida: yo, que me creía a salvo de los enamoramientos y las pasiones del corazón y de la sensualidad, fui a caer a mi edad y con mi conocimiento. Lo que me hizo tropezar y me debilitó fue la tierna insistencia del Pastor en un amor tan candoroso que parecía inocuo y su capacidad para convencerme y seducirme a fuer de palabras. Y palabras nunca dichas explícitamente, sino a través de la Sagrada Escritura, como para no haber sido denunciadas en un foro penal de la iglesia. Dicen que todo amor es locura y entonces tengo que tragarme mi ración de locura, procurando que no me ahogue. Y ratifico todo lo dicho antes: mi intención era solamente hacer durar lo idílico, vivirlo mientras pudiéramos. Pero quizás no era

possible porque eran sólo vapores de la fantasía: ficciones que dan a lo inaccesible una profundidad de lejanía

*Yo me quedé mirando cómo el río
se iba poniendo encinta de una estrella
Hundí mis manos locas hacia ella
y supe que la estrella estaba arriba*

Dice el Poeta

Entonces, es tiempo de asumir la renuncia. Como dijo el Poeta: *la renuncia es el viaje de regreso del sueño.*

Me arreglo con gestos lentos el cabello, que es corto, que es blanco, que es suave y después me miro las manos a la luz de la luna, y es como si las viera por primera vez. La tersura de la piel ha cedido y se notan las marcas, las venas, las grietas que ha ido dejando la vida. Pero esas manos aún se muestran ágiles y diestras y capaces. He vivido: he vivido ¡he vivido! Estoy aquí: estoy aquí ¡estoy aquí! He amado: he amado ¡he amado! Cometí errores y aún los cometeré, me he endeudado y he pagado mis deudas. Y sufrió: ¡sufrió! Hay un sendero adelante que conduce a las montañas más altas, allí donde el aire se vuelve leve y azul. No puedo dedicarme a

hacer balance, ni quiero mirar atrás, como la mujer de Lot: estoy obligada a seguir.

XII.

En la iglesia Getsemaní, una mujer está reprendiendo justo ahora espíritus de contienda, de enfermedad, de miseria, de robos, de envidia, de maleficios, de hechicería y está clamando en nombre de La Sangre de Cristo, que tiene poder. Oh, la Sangre. Después de una intensa alabanza que invocó al Espíritu Santo, el culto de Getsemaní llega al momento de la reflexión en torno a la Palabra. Son casi las 8 de la noche ahora. La luna está en creciente y derrama su luz sobre el paisaje de Las Villas y mi huerto. Bajo lunas como ésta, he sentido que él siente lo que yo siento. La predicadora habla, pero casi no se entiende. Quizás habla pegada al micrófono. Fundamentalmente, se basa en que *Cristo viene: parusía*. Vuelvo a preguntarme ¿estoy (estuve) enamorada del Pastor? Verlo los miércoles y los domingos me alegraba la vida, pero ahora, meses sin verlo no han sido el mayor tormento. Aunque a veces siento unos deseos desesperados, no me siento *enajenada*. Creo que soy demasiado racional como para eso, pero sí lo amo. Creo.

(¿O lo amaba? ¿Fue (¿fue?) este amor una especie de virosis estacional? ¿*Nondum amabam, et amare amaban?*)

O tal vez sólo es lujuria. A veces, he fantaseado con que él viene a mi puerta, demudado y lloroso, sudando, y lo hago pasar, seco sus sudores, limpio sus lágrimas, le pido que me deje medir su tensión arterial y la tiene elevada, acomodo los cojines del sofá para que repose, le ofrezco un café y hasta un quesillo o un dulce de los que le encantan. Y nos pedimos perdón mutuamente por las ofensas y reconocemos por primera vez por primera vez por primera vez que nos amamos *como hombre y mujer*. Y nos tomamos de las manos y lo beso en la frente como a un hijo, y en la mejilla como a un amigo, en las manos como a mi pastor, en la boca, como a un amante, prolongando el beso, hundiéndome en su calidez y su pasión que se desata *con la mía* y nos inunda. Pero eso es solamente ilusión, imaginación, ensueño: sólo sombras chinas sobre un muro. Vanidad y aflicción de espíritu, diría el Predicador.

Acodere ex una cintilla incendia passim

Y, además, una ilusión absurda en la que sólo transijo para aliviar un poco el dolor, porque sé que es totalmente imposible: por él y por mí. Reconozco que lo deseo carnalmente. Lo he soñado, he imaginado cómo serían los besos de su boca y sus manos en mi cuerpo. He imaginado cien formas de hacernos el amor y he llegado hasta a

sentirme poseída por él, su pecho desnudo sobre mí. Pero deseo además su cariño, su amistad, su sonrisa, sus palabras, su complacencia. Hasta sus cóleras y depresiones. Y sé, o intuyo, que también él desea lo mismo. Pero, debido a que lo amo, yo quiero, siempre he querido, que él siga siendo *obrero aprobado*, hombre sin tacha (aunque el pensamiento y el deseo sean de por sí emanaciones de pecado) pero cada vez mejor, sin tanto miedo y tanta debilidad, sino asumiendo su responsabilidad ante Dios y ante los hombres con un sólido *dominio propio*. Yo *necesito*, para el bien de mi alma, que él asuma su verdadero *poder, que es Poder de Dios*. Y no puedo, ni quiero, estorbárselo.

EL CORO

*¿Para poder seguir a Jesús es preciso que se viva su tormento existencial, que se sepa vencer como él venció **las celadas floridas de la tierra**, que se aparten tal como él apartó los pequeños y grandes gozos del hombre y que se remonte de sacrificio en sacrificio, de proeza en proeza, hasta la cima que él alcanzó? En el deseo ardiente de llegar a Dios: es decir, de retornar a Dios y refundirse en Él, ella ha pisado con reverencia el atrio del misterio que significa la doble sustancia de Jesús: porque en cada ser humano está, como en él, la chispa de la naturaleza divina, que colide con la experiencia de la carne. Y en Jesús esta lucha estuvo apasionadamente potenciada por las cualidades de su sustancia, lo que convierte*

aquella Su Lucha Personal en el reflejo de cada una de las luchas particulares.

Luego, está lo evidentemente práctico.

Además ¿qué puedo yo ofrecerle si él decidiera arriesgarse a cumplir conmigo un destino común, que sería también muy doloroso? Buen sexo, durante un tiempo, porque soy inevitable, inexorablemente, vieja (y él también va hacia la vejez) Compañerismo y amistad, sí. Algo de sabiduría utilitaria. Algunos bienes. Y eso no compensa lo que él pudiera perder. A menos que ocurra un milagro, una revolución celeste, un cambio formidable que nos condujera a una unión más duradera. Un cambio así requeriría de circunstancias terribles y no nos libraría de enfrentamientos. Espantosos los enfrentamientos. No: no nos libraría de enfrentamientos. Ay, Pastor, me gustaría servirte y amarte sin tantos rollos y tantos conflictos. Ser en verdad *ayuda idónea* en tu vida. Ser para ti *como una novia, pura y comprometida*. Solamente estar a tu lado, Pastor, exponer al mundo el brillo de tu luz, atenderte y escucharte. Humildemente. Desapareciendo en ti. Cómo me gustaría decirte que iré adonde tú vayas, y viviré donde tú vivas. Que tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Que moriré donde tú mueras, y allí seré sepultada. Cómo me gustaría deshacerme entre tus brazos como una muchacha recién estrenada que ingresa en el sexo por primera vez. Y sé que ya no soy joven,

ni bella. Tan sólo sería para tí una mujer en los brazos del hombre de sus sueños. Y entiendo *ahora* que eso podría considerarse el principio del *verdadero AMOR*. Ése que surge cuando los años ajan los cuerpos y el apetito se satisface ante una breve mirada, una leve caricia, un deseo tierno. Cómo quisiera decirte: ¡Y que me castigue el Señor si me separa de ti algo que no sea la muerte! Cómo quisiera estar vinculada a ti con algo que vaya más allá de lo que hoy nos separa: tu esposa y tus hijos y tu hogar y tu familia y tu condición. Cómo quisiera decirte que mi clase de amor no desea *poseerte*, que no quiero que seas mío porque yo nunca seré *tuya*, yo, la defensora a ultranza de la libertad. Pero eso no es posible. Y ahora, abruptamente, el hilo de amor que nos unía se rompió. Fueron unos meses, apenas, los que me fueron otorgados. Él jamás volverá: si yo eligiera el Norte, él caminaría hacia el Sur. Si él eligiera el Este, yo caminaría al Oeste. No hay posibilidades de encuentros, ni de tropiezos. Si llegáramos a encontrarnos en la calle, en el bus, en las filas del banco ¿Qué sentiríamos? ¿Cómo nos enfrentaríamos? ¿Como amigos o enemigos? ¿como conocidos o desconocidos? Pero no: nunca más volveremos a vernos, ni hablarnos. El manantial que nos nutría fue cegado por la ignominia. Y ya está: sólo queda esta sensación de vacío, esta nostalgia de lo que no será. La voz lejanísima de un Poeta que vive en Astorga me dice:

Los días han pasado, pero el dolor no cicatriza.

*Escuece la herida por donde discurre esa melancolía
que nunca se apaga.
Me hace falta ese calor cotidiano que abrigue tu ausencia*

EL CORO

A veces, en la vida humana, un breve tiempo, brevísimamente, donde, además, no pasa nada en apariencia, puede determinar una transformación grande. Y éste fue el caso: dos personas se encontraron, improbable encuentro, pues venían de experiencias muy diferentes: diferentes sus lenguajes, su formación, sus visiones del mundo, y se atrajeron con la violencia que pueden dar las memorias de otras vidas (sólo así se explican) y creyeron amarse hasta morir, y retaron por un momento los obstáculos, creyeron posible atravesar los abismos que podían separarlos, reconociendo ambos que, aunque estuvieran momentáneamente en el mismo lugar a veces nada garantizaría que pudieran juntarse por lapsos más largos que unos instantes y mucho menos para siempre. Pero se lanzaron a vivir lo que la vida les ofrecía y eso los transformó por medio del engaño/desengaño. Mariposas, fueron mariposas, bellas y esplendentes mariposas:

Una vez que la hembra y el macho se localizan el uno al otro, el macho inicia la danza del cortejo para liberar feromonas. Las mariposas sienten las feromonas emitidas por su pareja con los órganos olfativos situados en las antenas. Durante el ritual

de cortejo, los machos pueden aletear alrededor de la hembra o golpearla con sus alas u otra parte del cuerpo. Macho y hembra pueden posarse en una planta y golpearse entre sí con sus antenas. En algunas especies el ritual de cortejo es elaborado, pero en la gran mayoría de las especies es corto y sencillo.

Y todo fue efímero. Por un instante, su amor, llamémoslo así, fue como una de esas pequeñas mechas afirmadas en un disco flotante que, encendidas en un recipiente con aceite, se usan para tener luz. Se acabó luego el aceite, se rompió el cuenco, el disco rodó a un rincón y fue olvidado. Sin embargo, pese a la efimeridad, sus vidas fueron trastornadas y cambiadas. Y con ese cambio, también su fe se modificó.

XIII.

En mi huerto hay mucha paz. Voy regando los surcos de las siembras uno por uno y la luna se refleja en las corrientes de agua. Hay un perfume profundo de albahaca, de orégano, de onoto, de malojillo, de pomalacas y parchita. Las plántulas de limón van creciendo y sus renuevos ya huelen, perfume profundo del cítrico, premonición del azahar. Huele a tamarindo y jazmines y malabares y mangos y cerezas que crecen en los patios vecinos. Y está el olor magnífico de la tierra mojada. Recuerdo a Neruda, ese gran alcahuete de amores cumplidos o frustrados:

*Pienso, esta época en que tú me amaste
Se irá por otra azul sustituida,
Será otra piel sobre los mismos huesos,
Otros ojos verán la primavera.*

Porque así son las cosas. *Un amor que se va/ cuántos se han ido/* dice mi pariente. *Otro amor volverá/ más duradero y menos/ doloroso que el olvido.* Quizás eso es posible, aunque mi tiempo ya se cumplió y siento que debo retirarme a los cuarteles de invierno de la vida. Ha sido un regalo inesperado del Destino haberme dado la oportunidad de sentir, en el ocaso de mi tiempo, la pasión y el amor que desde hacía más de medio siglo me había negado. No es que yo no haya amado a mis amantes, ni que no haya disfrutado de cuanto deleite erótico me provocó en el camino de la vida. Erótico en el sentido más jungiano del término: eso que une y divide. Porque Eros se manifiesta oscilando constantemente de la unidad a la multiplicidad, inestable como el semidiós que es: esencia intermedia entre lo divino y lo mortal (¿no es ésa también la naturaleza del Cordero, que es también trasnominación del Amor?).

Me reconozco una mujer carnal, que ha sentido y disfrutado, ha inventado y satisfecho, ha usufructuado y sufrido todos los placeres y dolores que el cuerpo le ha prodigado. Pero no tuve nunca nada como lo que siento hoy,

por lo que estoy totalmente segura de que jamás volveré a amar *así*. Sin embargo, la vida es fluido, *Heráclito dixit*. Cuando el agua que corre por los surcos de riego en este mi huerto tiende a estancarse, yo voy y con la herramienta adecuada, o a veces con las manos desnudas y alguna laja, despejo el obstáculo y el agua vuelve a correr en libertad hacia su destino de nutrir raíces ¿se olvida por eso la fuente de donde proviene? Así, la vida. Despegarse no implica desaparecer: sólo seguir.

Mejor sería olvidar, me digo: mejor sería no seguir naufragando en el espejo de agua oscura que él es, *en el espejo de agua donde me miro, amor, donde me miro*.

EL CORO

En El Banquete, su inmortal discurso sobre el Amor, Sócrates advierte que el Amor es siempre deseo, aspiración de algo. Pero, ¿podemos poseer siempre lo que deseamos? Y cuenta como Diótima, la profetisa hetaira de Mantinea, le reveló que la mayor e imperecedera aspiración del Amor es la posesión del bien y la felicidad a través de la generación de la belleza.

Ahora bien, frente a los que aseguran su posteridad a través del cuerpo y la procreación de vidas terrenales, dice Sócrates, se encuentran aquellos quienes aseguran su posteridad según

*el alma. De ahí que mientras los primeros disfrutan de una simple apariencia de **la eternidad**, los segundos pueden alcanzar, por el ejercicio de la dialéctica, **la inmortalidad** en sí misma. Entre ambas formas existe pues una notable diferencia que separa la apariencia de virtud de la virtud real y verdadera.*

Invoco otra vez a Neruda (¿qué sería de mí sin la Poesía, esencia ajena a toda perfidia?) en esta paráfrasis que hago del **Poema 20**

(y estoy recordando también a mi primer amor, aquel de los 17, parece que hace ya un siglo por todo lo que se ha erosionado en la memoria, más bien corroído en ella, y por la ausencia y los espacios para siempre escindidos en los que ahora habitamos aquel muchacho que fue y yo. En aquellos tiempos, y él lo recuerda aún, eso lo sé, leímos a Neruda: juntos, las manos enlazadas, mirando pasar el Río desde el muro del Fortín: éramos jóvenes, éramos bellos, éramos impolutos: no nos había corrompido la vida)

*Pudiera escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: "La noche esta estrellada,
Y titilan, azules, los astros, a lo lejos".
El viento de la noche gira en el cielo y canta.*

Pudiera escribir los versos más tristes esta noche.

*La noche es inmensa, más inmensa sin él.
Mi corazón lo busca, pero él no está conmigo.
Como para acercarlo mi recuerdo lo llama.
Y el verso cae al alma como al huerto el rocío.*

*Y tal vez ya no lo quiero, pero cuánto lo quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.
Ya no lo quiero, digo, pero tal vez lo quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.*

*Qué importa que mi amor no pudiera guardarlo.
Importará para siempre lo que habremos vivido.
Eso es todo. A lo lejos, alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se conforma con haberlo perdido*

*Pero éste es el último dolor que él me causa,
Y éstas son las últimas palabras que le escribo.*

Desde los altavoces de Getsemaní, recomienza la invocación al Espíritu: ritmo rápido de sólo palmas, percusión y voces:

*Y déjalo que se muera
y déjalo que se muera y déjalo que se muera que se muera y
que se muera*

*y déjalo que te toque y déjalo que te toque y déjalo que te
toque
que te toque y que te toque
y déjalo que se muera
y déjalo que se muera y déjalo que se muera que se muera y
que se muera
y siente cómo el Espíritu
se pasea y se pasea.*

Y repiten una y otra y otra vez, rítmicos y entonados. Percusión y palmas. Están despidiendo el servicio. El Espíritu, lleno de Su Fuego, también desciende sobre mí con la luz de la luna y el huerto resplandece: arde mi pecho ahora y no es por el Pastor sino por el cosmos que me circunda. *Cúbreme, Señor, con Tu Amor*, pienso y canta mi ser: *lléname, tócame, rodéame, límpiame, sáname, restáurame, oh, Espíritu*. Todo me da vueltas en un denso mareo: el vértigo, el oleaje de mi sangre que se mezcla con el de mi propio ser espiritual, el oleaje: recuerdo vívidamente aquel sueño del corazón herido: un gran calor me envuelve, como de fiebre que brota de la entraña hacia la piel y de la piel hacia el aire y *el Señor* sumerge mi corazón lacerado en un balde de agua helada que descubre las huellas aún sangrantes de las heridas: mi alma va sanando, va liberándose, va renovándose: es Su Mano la que me sostiene, es Su Poder perfeccionándose en mi debilidad: es la primavera resucitándome en la invocación de Su Resurrección. Mis alas se despliegan. Danza mi alma,

danza mi cuerpo. Me levanto y danzo en el huerto y la plateada noche. Tengo nuevas fuerzas, como las águilas que se remontan, por el poder de *Su Amor* (*pero aún la imagen al fondo es la de él, el amado*): me esperan otras luchas, me esperan otros ciclos, otras curaciones, y lo sé. Pero ya vuela mi ser. Vuela mi espíritu. Mi cuerpo va aplacándose en la danza que flota ahora sobre la tierra humedecida y las plantas. El ave carroñera ya no encuentra de dónde devorar. No hay incendios en la vasta noche de marzo y primavera. Proserpina camina rítmica, sigilosamente, entre los surcos. Bacantes ingresan *danzando* tras ella, en busca de Dionisos, que, dicen, es (también) prefiguración del Divino Cordero. Eros flamea, participando de la comparsa, comparsa él mismo. *Danzando*. Veo un Ángel que se aposta bajo un arco a la entrada: lleva espada flamígera y en el arco se lee ***Los que no respondieron al convite, abandonen toda esperanza.*** Otro Ángel susurra en la brisa: ***sonríe, Él sólo te abandonó un instante, pero ahora, con amor eterno te tendrá compasión.***

El rumor de la vida es el silencio.

La noche se apodera de todo y es en este momento sólo hay la luna y los perfumes de la vida y del huerto *fructífero y en paz*.

Recupero mi vida ¿recupero mi vida?

Un foco parpadea a lo lejos: a lo lejos. Un foco que es como el faro de un puerto.

Mi alma no se conforma con haberlo perdido, repito suavemente, pero alejándome ya de la agonía y la desesperación.

Y después de tanta algazara, de tanta algarabía interior, de tanta tormenta, sólo queda el silencio

II

DEUTERAGONISTA

(El Pastor)

I.

Maldita mujer. Maldita. Maldita seas en la ciudad y el campo. Maldita sea tu entrada y tu salida. Maldita seas porque has desviado a un ciego de su camino. Maldita tú, tentadora, con tu armoniosa voz de cuentacuentos, hablándome de un mundo por conocer: *terra incognita*. Maldito el día en que viniste al servicio de los miércoles, con tus ojos escudriñadores llenos de curiosidad y tu sonrisa imperfecta y hermosísima. Maldito el día en que fui a tu casa y saliste con aquella falda roja y la camiseta negra, que ni siquiera te acordarás de cómo yo iba vestido, porque para ti yo era menos que nada. Una mota de polvo a la que brindaste té porque no tenías café. Té de limón, recuerdo, y tú ni te acordarás de eso. Pero yo fui y te dije que desde que visitaste el templo te consideraba mi oveja y yo era tu pastor. Y tú aceptaste, tan amablemente como eras y eres ¿Pero de qué

vale maldecir lo que ya pasó? Por eso te maldigo *ahora*
Ahora, cuando nada tenemos que hablar. Ahora, cuando
nada *podemos* hablar.

Lo que pasó (si pasó algo, mujer) pasó ayer, en esos meses donde sólo hablamos personalmente, más o menos a solas, veintidós veces. Fíjate que hasta la cuenta llevé. No me queda más que llorar sobre la tumba donde se ha enterrado ¿qué? Ni siquiera sé qué, y mucho menos si este duelo es compartido por ti, la otra doliente. El olvido borrará entonces lo que jamás fue cierto... Como dice un poema que leí por ahí (porque ahora leo poesía):

*Mi corazón no reclama
Lo que reclamar debiera
No sabe por vez primera
Si te odió, si te ama*

EL CORO

Parafraseando a Sandro:

*¿En qué ha de concluir
El drama singular
Que existe entre esos dos
Tratando simular
Tan solo enemistad
Mientras que en realidad
Se agita la pasión
Que muerde el corazón*

Y que obliga a callar?

II.

¿Por qué no has enseñado los mensajes? ¿Por sadismo, pues sabes que dependo de esa incertezza para ministrar tranquilo el pastorado y me quieres intranquilo? ¿Por qué me humillas de esa forma? ¿Para demostrarme que me eres superior en todo lo virtuoso y lo moral?

Dicen que te lo han pedido, mas tú alegas tu respeto irrestricto por las leyes, ese respeto que yo conozco porque me lo has dicho, porque lo has contado, porque hasta has arriesgado tu vida para defenderlo en otros tiempos, y que por ello no mostrarás tu correspondencia privada, porque no vulnerarás tu derecho a ser reservada y tener a salvo tu privacidad. Dicen, también, que me proteges, que has dicho que me proteges *basta de mí mismo*. Aquí todo el mundo opina, todo el mundo dice, todo el mundo comenta, todo el mundo juzga, correveidiles y gente con buenas intenciones por igual, y tienen derecho: el que le dimos mi esposa y yo y los pastores principales poniendo sobre el tapete, como se dice, lo que cada quien quiso decir (menos tú) Y ahora, sigo dependiendo y dependeré por mucho tiempo, me temo, de lo que tú quieras hacer con los mensajes ¿Por qué los guardaste? ¿Qué es eso de guardarlos *en la nube*?

Me han dicho que lo que está *en la nube* es imborrable para siempre ¿eso es verdad, maldita mujer, bruja maldita

que conoces hasta esos hechizos de la informática? ¿Allí reside entonces tu aguijón, el aguijón con que me atormentarás? ¿En condenarme a estar esperando cada día la decisión que puede enjuiciarme? ¿Y que pasen los meses y los años y yo siga pensando en esos textos escondidos allí donde ni siquiera yo puedo alcanzarlos y releerlos si fuera preciso y dolerme con ellos y por ellos pase el tiempo y pase y yo tenga nietos y bisnietos y llegue el momento de morir y me maldiga cada día porque nunca tuve el valor de decir –*sí, yo lo hice, sí, yo los escribí, sí, yo dejé que ella los escondiera y que asumiera toda la culpa (la culpa, mi amor, la culpa y no la responsabilidad) por todo eso?*

Porque te están acusando de haberme acosado, de asediar mi virtud con esos mensajes, de ofender a mi esposa incursionando en nuestra tranquilidad pastoral, mi propia esposa te acusa, una de mis hijas te acusa, abrumada por los lloros de su madre, y la congregación concede y acepta la acusación como buena porque está revestida de mi autoridad vicaria. Pues yo no he desmentido las cosas, ni he dicho cómo son y cómo fueron. No he dicho, por ejemplo, que tú casi nunca respondiste mis pasionales avances, que tus palabras rara vez fueron más allá del eco moderado de las mías y que por eso ni yo puedo estar seguro de que me correspondieras, aunque las miradas y los minúsculos gestos preludiaran otras promesas, pero de eso tampoco hay constancia. En una reunión congregacional callé y seguí callando en cada servicio y hasta compartí el sagrado pan y

el vino sagrado un día tolerando que la congregación lo compartiera sin que se hubiese apagado la crepitación de los chismes y los juicios.

Nadie cuestiona mi virilidad, pero sí tu (mala) intención: te acusan de insania doctrinal, de dar mal testimonio, y al ser perjudicial para la iglesia, se justifica que te expulsen y te humillen y hasta te insulten en público y que se rieguen por los templos de Las Villas y los hogares de gente no cristiana que eso tú eres: sonsacadora que pretendiste prostituirme al comprar mis favores con las ofrendas más cuantiosas. Tú eres la culpable. Solamente tú. No se te ha ahorrado dolor ni humillación: eres como una flor pisoteada y enterrada con los pies en la tierra arcillosa, ya destruida ¿Y fue por *mi amor*? ¿Fue por *amor* en abstracto? ¿Por amistad suprema al estilo de Juan 15:13? ¿Por qué?

Y aunque no he levantado mi voz para acusarte, con boca pequeña he convenido en todo eso que lanzan contra ti: los improperios, las descalificaciones, la invectiva basada en unos mensajes que no han visto y que posiblemente nunca verán... Ni mi esposa los vio nunca: ni ella, porque mi teléfono no guarda esas cosas, porque me cuidé de vivirlos en secreto, releerlos clandestinamente, y sólo me delató su perspicacia ante mis cambios, la turbación alegre y febril de mi ánimo cuando los recibía, las súbitas cóleras que me agitaban, reflejando mi pasión sin salida, la inquietud de mis nervios, la intensidad de mis acciones: porque cuarenta años no son poca cosa cuando se comparte una casa, aunque

ya ni lecho ni cuarto sean comunes. Y la gestión minuciosa de Mileida, erigida en guardiana de *mi casa*, *mi congregación*, *mi ministerio*, *mi integridad*. Y tú no has abierto la boca para justificarte o explicar cuál fue mi parte. Eso, no. Has negado que haya algo censurable o inapropiado en los mensajes y has dicho que me están ofendiendo cuando te ofenden en ese sentido. Porque ¿Por qué callaría yo y no detendría las cosas si hubiera habido contenido inconveniente en tales comunicaciones? Pero hasta ahí. No te hemos dejado, es verdad, pero, tampoco lo has querido, porque en la carta a los pastores principales nada mencionas y más bien me exculpas y básicamente expones por escritura y obra que *no hay amor más grande que dar la vida por los amigos* (hasta por esos que fallan porque más confiable es el amigo que hiere, has dicho, dicen, con la Palabra, que el enemigo que besa y una vez me dijiste que los griegos, de quienes crees que nos inventaron todo lo que somos, daban un gran valor a la amistad).

Y yo, escribiste, *soy tu amigo (o lo era)*

EL CORO

El Pastor no ha entendido que el amor todo lo soporta y todo lo espera. El texto de I Corintios 13 lo dice todo. No podría agregársele nada. Nosotros, en el sentido más profundo, somos las víctimas o los medios e instrumentos del amor cosmogónico. No se refiere esto meramente al anhelo,

*a la preferencia, al favor, al deseo y cosas similares, sino a un todo, único e indivisible, que supera al individuo. El amor es la única vía para comprender el todo, porque el ser humano, como es apenas parte, no puede entenderlo. Se encuentra sometido a él. Puede decir sí o puede rebelarse, pero siempre está atrapado y encerrado en el todo. Depende de él y está edificado en él. De tal manera que el amor es la luz y la tiniebla cuyo final no alcanza el ser humano a ver (¿No parece ser semejante a la naturaleza de Dios? ¿No se dice habitualmente que Dios es amor?). El amor no acaba de definirse nunca: incluso si alguien hablase hasta las lenguas de los ángeles o si persiguiese conocer con rigor científico la vida hasta su fondo más recóndito, si un hombre quisiera documentar el amor con todos los nombres que están a su disposición, solamente se perdería en infinitos autoengaños. Si el Pastor poseyera un grano de sabiduría, rendiría las armas y llamaría a lo **ignotum per ignotius**, es decir, mencionaría todo con los nombres sempiternos. Esto constituiría una confesión de su inferioridad, imperfección y dependencia, pero a la vez un testimonio de su libertad de elección entre la verdad y el error.*

III.

Te he vencido ayer, te venzo cada día y te seguiré venciendo. Con la ayuda del Señor. Seguramente, seré objeto de tus burlas porque lloro. Tú sabes que lloro, que siempre lloro como si tuviera dentro de mí un manantial de aguas salobres que se derrama cuando me hieren o cuando sanan mis heridas, cuando estoy terriblemente triste o terriblemente feliz. He llorado de felicidad por ti y he llorado de rabia y de tristeza por ti. De noche, en el secreto de mi aposento, busco lo que me queda de ti y lloro. A veces, hasta creo fantasías donde nos encontramos para siempre, donde nada puede separarnos. Por momentos, tu nombre viene a mis labios en extrañas plegarias y súplicas que ni yo mismo entiendo. El corazón salta dentro de mi pecho. Y lloro. Y tengo que hacerlo a escondidas. Por eso hasta finjo retirarme en ayuno y oración. Para imaginar que voy a tu casa de nuevo vestido de inocencia y me recibes y me perdonas y estás sola y por primera vez podemos admitir de viva voz y frente a frente que nos amamos y podemos tomarnos de las manos y tú te acercas y me besas en los labios suavemente, soplo apenas. Fantaseo, mujer, que me preguntas si sé bailar y yo, riendo, diré sí, diré no, y tú, descarada como eres, respondes que eso podría ser un problema, porque siempre te han dicho que un hombre que no sabe bailar... y dejas en suspenso la alusión que me reta, y pones música, baladas de los años 70, y me invitas a bailar: bailaremos y sentiré tu respiración tibia en el cuello, trataré de no estrecharte, me

refrenaré, porque no sabré hasta dónde llegar, indeciso ante tu provocación tan evidente, aunque quizás no lo sea, cauteloso, confuso, pues mi experiencia con mujeres no es mucha, y no sabré nada más sino que mi cuerpo está tenso de deseo, respondiendo al roce suavísimo del tuyo. Y ambos recordaremos de pronto que yo te eché de mi congregación sin darte lugar de refugio y te tensarás, la sonrisa imperceptible detenida. Y yo sabré, como sé, como siempre he sabido, de mi incapacidad para cruzar aquel mi personal Jordán, todos los miedos. Y me dirás, amada: ay, pastor, yo sólo quería ayudarte a desarrollar tus potencialidades, servir al Señor sirviéndote: a nada más aspiraba, dirás, quebrantada de congojas, y yo entonces te estrecharé y buscaré tu boca con la mía para callarte y consolarte. Será un beso cálido y hondo, ambos rendidos a la emoción. Por primera vez. Nos separaremos y ambos estaremos llorando y ambos nos abrazaremos luego, como recién llegando de un largo larguísimo viaje. Y volveremos a besarnos, detenidos en el baile detenido, rotas ya las vallas de contención, traspasadas las fronteras. Buscaré con ansia tu piel que sé suave y caliente. Y quizás me preguntarás si tengo vellos en el pecho, y me reiré, extrañado, pensaré que tú eres capaz de esos gestos, y te diré que sí y que si quieres verlos, y tú dirás que no: que quieres tocarlos, y me apartaré un poco para desabotonar la camisa y tus dedos, ávidos, audaces, exploradores, se enredarán en los vellos y buscarán los pezones erizados, mientras los míos habrán encontrado la ruta hasta tus senos, y nos despojaremos de los vestidos,

tajantes y eficientes, las humedades de los sexos elevándose en olores más potentes que el incienso, las respiraciones agitándose, calientes los aires, calientes los cuerpos en delirio, ansiando sentir tu pecho desnudo sobre el mío, o bajo el mío mejor, que avasallarte bajo mi peso es mi delicia secreta, mientras la música sigue sonando y nosotros estaremos enlazados, bailando suavemente, felices como niños que han descubierto un campo mágico al que deben entrar de puntillas para no romper el hechizo: entonces dudaré, otra vez, asustado ante la perspectiva de cruzar ese puente para el que no estoy listo, y tú percibirás mi duda, te querrás apartar y no puedo permitirlo, ya no: cansado de tantas encrucijadas y tantas excusas, me olvidaré de las dudas, tan extemporáneas para nosotros, que vamos rumbo al ocaso. Y así, dando tumbos de gozosa danza, caeremos en la cama, que será tálamo, desnudos y dichosos, y te buscaré, ya listo para la entrega, te cabalgaré, mujer tan cerrera, sin dejar de besar tu boca, bebiéndote y embriagándome de ti, apretaré con manos fuertes tus ancas, hechas para los amantes y las maternidades, y ya probadas, y te aferrarás a mi espalda, abrirás las piernas para asirmé, cincho ardiente. Ciertamente, las carnes ya no tendrán la firmeza de otros días y la belleza de los cuerpos es distinta, porque se fundamenta en la pasión y la luz y los perfumes, pero la liturgia será la misma que ha creado mundos desde que el mundo existe. Y penetraré rotundamente en la húmeda cavidad donde encuentran respuestas todos los misterios y me sacudirá la certeza de la epifanía tan ansiada, tan imaginada. Y me

recibirás, trastornada por tanta ventura y tanto fausto. Y yo embestiré, conmovido hasta la esencia, cuando ingrese en el orgasmo inevitable, derramándome en ti, abrumado por el placer, pero sintiendo vergüenza por la rapidez de un final que es principio, y musitaré disculpas, que tal vez acogerás diciéndome que en este caso no hay mayor homenaje que la urgencia. Y nos enlazaremos luego, desnudos, íntimos, mojados en jugos animales: una sola carne. Y será como cuando al caballo le dan sabana. Ay, la herida de mi deseo es tan intensa y profunda que me duele. Y sé que vamos a perder el control, amada mía, vamos a perderlo. Si nos encontramos otra vez, y estando a solas, vamos a perder el control porque mi cuerpo es como una guitarra que respondería a tus dedos. Y por eso huyo. Y por eso me tienen prisionero, rodeado de ignominias y cadenas y a veces con palabras dulces y otras, palabras ásperas: pastores, esposa, hijos y nietos carceleros es lo que he ganado por esto que ni siquiera sé cómo llamarlo. Y es que yo sé que lo daría todo y más que todo por ti, y no sé si tú lo aceptarías, o si tú también te lanzarías al abismo y la nada por mí, y me dicen que no, sé que no, que has razonado por carta diciendo: *-no, yo no renunciaré a mi vida en libertad, ni a mi casa, ni a mis planes, no, yo quiero que él siga siendo obrero aprobado en la viña del Señor, ministro, pastor, casado, anatema.* Y yo, además, tengo tan poco que ofrecerte, casi nada.

EL CORO

El Pastor ha pensado que alejarse del peligro implica no verlo. Porque, por ejemplo, razona él cartesianamente, si vemos un animal feroz venir hacia nosotros, la luz refleja de su cuerpo define dos imágenes del mismo, una en cada uno de los ojos, y estas dos imágenes forman otras dos, por medio de los nervios ópticos, en la superficie interior del cerebro correspondiente a esas cavidades y de aquí, por medio de los espíritus que llenan esas cavidades, las imágenes irradian hacia el alma y actúan contra ella sólo por ver la figura peligrosa. Y, además de esto, si esta imagen tiene mucha relación con las cosas que han sido antes nocivas al espíritu y al cuerpo, ello provoca en el alma la pasión del temor (o la de la valentía) según los diferentes temperamentos del cuerpo o la fuerza del alma, y según que en experiencias anteriores uno se haya preservado mediante la huída o mediante la defensa contra las cosas nocivas con las que tiene relación la impresión presente. Pues esto dispone de tal modo el cerebro en algunos hombres, que los espíritus reflejos de la imagen así formada alma dilatan o contraen de tal modo los orificios del corazón, o bien que agitan de tal suerte las otras partes de donde le llega la sangre que hace que el alma la sienta principalmente como en el corazón. Pero llega un

momento en que tal negación supone un dolor inmenso que va del espíritu al alma al corazón y hasta al cuerpo. Y entonces, él busca la posibilidad de verla, de violar sus propias restricciones, aunque no puede. O se refugia en el rechazo más amargo de tal posibilidad. Y en esto reside su contradicción vital... ¿Morirá el Pastor con esos dolores? ¿O la hará morir a ella, la causante, la culpable a sus ojos y su entendimiento, de tal contradicción?

IV.

Sin embargo, no es por ti por lo que estoy prisionero, por lo que me someto a la prisión, no creas eso: soy prisionero para servir a Dios con conciencia limpia. En el fondo de mi corazón y en el pozo de mi fe, pienso, imagino, que si también tú derramas lágrimas (aunque no sé si eso es verdad) tu recompensa será grande en el Cielo, pues, ya ves, si tú has puesto como pago tu reputación para que yo conserve la mía (aunque con dudas, pues percibo que el rebaño me mira a veces de través) yo pongo todas mis renuncias para que tú conserves tu alma inmortal lejos de toda tentación y pecado que provenga de mí ¿Lloras? Cómo me gustaría preguntarte si lloras, aunque sea un tímido mensaje con esa única palabra interrogante, pero no me atrevo. Porque hasta ahora, sólo he sabido de los comentarios de tu ira y tu desdén (por mí y por mi grey, por mi esposa, por Mileida) y de ti solamente he obtenido en este

trance palabras duras y aguas amargas, bien por vías interpuestas, en esas reuniones donde jamás has estado, donde jamás hemos estado los dos para contar nuestra paralela verdad, lo que no es posible, porque sería una sarta de mentiras. No me quieres, no me quieres, me has descalificado cuanto has podido, maldita anciana inclemente, me has menospreciado llamándome negro y campesino semianalfabeta, me has negado, has dicho que solamente una vez amaste en la vida, a tus 17, y todo lo demás es una enfermedad, te has burlado de mi cursilería ramplona, así me han dicho, eso eso y eso me han dicho, me lo ha dicho mi esposa, me lo ha dicho Mileida, y no sé si eso es verdad o lo inventaron, y me lo han dicho los pastores de Canaán, para protegerme, dicen, mi pastor Juan me ha dicho: esa mujer no es como tú, aléjate de su influjo, jamás podrías controlarla, como si de eso se tratara (¿Y de qué se trata, entonces? Porque eso no lo sé) El sabio, dice, ve el peligro y se aleja, y tú eres el peligro: el vórtice de un remolino que se contempla desde el alto barranco y que puede destruir al que en él caiga, lanzándolo contra las rocas afiladas, en uno de esos actos que le son inherentes, lleno de pura e inocente inconsciencia.

Me has menospreciado, dicen, pero yo soy tan grande como tú lo eres: la misma sangre nos salvó y de lo más vil y despreciado se sirve el Señor para humillar a los arrogantes y los sabios ¿o no? Y si tú eres mujer viajada y estudiada no conoces Biblia, por ejemplo, y hasta te jactas de no haber ido a un Instituto Bíblico, como yo. Y el Señor no

te ha llamado a pastorear como lo hizo conmigo, ni has aguantado tener que predicar a sillas vacías, y toda desventura para construir una iglesia y un rebaño. Y nunca habías ido a una vigilia, como dijiste en aquella de enero donde pudimos ver juntos el amanecer. Juntos y virtuosos. Y no ayunas porque te baja el azúcar, te excusas, pues tu práctica cristiana es acomodaticia. Porque eres egoísta y burlona y dura y nada misericordiosa con los débiles (tú misma lo has dicho: que desprecias la debilidad) y miras de frente, con altivez, y haces ese gesto que haces con la boca, y a veces eres cruel cuando sonrías, y, sí, reconozco que eres cortés hasta la ignominia, con la cortesía del *Manual de Carreño* que, dices, te enseñaron en tu casa de niñita pequeñoburguesa, educada en colegio de monjas católicas, españolas, para más señas, y que puedes ser generosa en las ofrendas, o atender la necesidad de otros, pero eres también como un duende travieso y que hace sus leves maldades, porque grandes no creo que las hagas, no lo creo, a pesar de todo, aunque quién sabe. Pero no eres mejor que yo, ni más grande. Y si tu esposo era un marqués, como has dicho, y como dicen: un hombre destinado a ser príncipe, mira de qué le sirvió: no fue príncipe y está muerto ahora, muerto y enterrado y espero que se haya ido con el Señor, aunque quién sabe, y tú, marquesa, te viniste a vivir a un pueblo como Las Villas, donde echas pico y pala con los obreros de la construcción de tu casa y abres surcos y siembras con tu sola fuerza y no tienes sirvientes en legión. Yo no hago eso, ni permito que mi esposa lo haga, porque hay que tener

dignidad ¿o no? Y quisiera prohibírtelo, alguna vez lo sugerí y te reíste, como te reíste de mí cuando dije que el cabello de la mujer es como el velo y por eso deberían las mujeres llevarlo largo, y te reíste de todos mis prejuicios y normas y prohibiciones, dijiste que ésas eran normas de hombres y no tenían nada que ver con la Escritura, y cuando te argüí que sí, me dijiste que igual eran cosas de hombres y no formaban parte del legado de Jesús, que era hombre tolerante. Porque andas discutiendo siempre, negándote a dejar de tener razón, lo que demuestra que sí, que eres incontrolable y el pastor Juan tiene razón, pero yo no quería controlarte, creo, y a veces sí. Domarte quería como a yegua salvaje, que de eso también sé.

EL CORO

El Pastor está lleno de contradicciones ¿ama a esa mujer o está obnubilado de lujuria? ¿Es por ella o por él mismo que sus convicciones flaquean? En un momento dado de su vida todo era normal, como un barco en un mar en calma, y de pronto sopló un viento enorme venido de ninguna parte, un viento enorme, excitante y estruendoso, que amenazó con devastarlo. El canto de las sirenas: era el canto de las sirenas del que hablan. Y dicen que el Héroe, para resistirlo, tuvo que atarse al palo mayor de su nave, justo como el Pastor hace.

V.

En ese cuaderno grande de tapas anaranjadas que ahora sé que fuiste tú quien lo escogió y lo compró (mi esposa quiso quemarlo cuando lo supo, pero me impuse y lo prohibí y lo he guardado bajo llave desde entonces) y que me regalaron en Navidad como si fuera de parte de la congregación, escribí estas coplas, que si tú las pudieras ver seguro te causarían risa, porque eres mala, sarcástica, te burlas. O, no sé, tal vez te emocionarían, mujer, por sentirte que una vez fuiste tan amada. O te explicarían las cosas como fueron y como son. O alimentarían tu vanidad, que mucho de eso debes tener.

De todas formas, aunque no estén en la nube y no puedan conservarse eternamente, están escritas. Pero ni tú, ni nadie, las verán: serán mis mensajes prohibidos para ti. Aunque la tentación sea muy grande ¿cómo puedo hacértelas llegar sin violar pactos y juramentos que he hecho y que aunque sé que son anti natura son parte del privilegio de ser siervo del Señor? Yo no sé de correos electrónicos y hasta que tú me embullaste, tú lo sabes, ni cuenta bancaria propia yo tenía ¿Cómo me llamaste entonces? ¿Pretecnológico? Mira que no se me ha olvidado, porque lo hiciste con ternura, como pasándome la mano por el cabello en una caricia, lo hiciste sonriendo, pero sin burlarte, afectuosa y delicada, como una madre. Porque tu amor, si eso fue, si eso es lo que sientes, tiene muchas caras y una de ellas es de madre. Y

ahora tengo un correo electrónico que, de todas maneras no sé usar aún. Y una cuenta bancaria que tampoco sé usar mucho. Y todo lo demás, lo que íbamos a hacer para organizar gerencialmente la congregación se nos quedó, como quien dice, en el tintero.

Aquí están las coplas, ojalá las vieras, porque me inspiré pensando en ti, pero leyendo eso que me recomendaste de Teresa de Ávila y Juan de La Cruz (por ti he leído esos poetas, los libros y fotocopias que me entregaste, y he rebuscado en las escasas librerías de Santa María y en las polvorrientas bibliotecas, y he releído *Cantares* como si no fuera Palabra de Dios, o pensando que sí, que Dios se manifiesta en la escritura de muchas variadas formas, y tú sabes que yo de cuando en cuando hago mis versos y les pongo música con los tres o cuatro acordes de guitarra que he podido aprender aunque no pondré música a estas coplas que son más un lamento y que nunca podría cantar. Y sé que nunca las verás, pero me duele.

Si tú me hubieras besado
Con los besos de tu boca
Y me hubieras perfumado
Eso me hubiera llevado
Como un torrente de fuego
Directo a la tumba fría
A la muerte y al infierno
Aquello que más temía.

Desde la primera vez
Sentí que en mi alma nacían
Un montón de aves cantoras
Que hasta yo desconocía
Con ser del campo y cerrero
Pero que eran golondrinas
Ésas que tú transportabas
En tu seno y tu sonrisa

Nada ansiaba más mi alma
Que mirarte noche y día
Quedar preso en tus fragancias
Alegrame en tu alegría
Abrasarme en tus incendios
Saber que yo los prendía
Pero eso me llevaba
Directo a la tumba fría

Tu sonrisa era la luna
Que mis noches alumbraba
Tus palabras eran flores
Que en mis oídos sonaban
Como música del cielo
Toda llena de armonía
Pero eso me llevaba
Directo a la tumba fría

Tú me dejaste quererte
Y yo entonces ya sentía
Que yo también me adentraba
En los vados de tu vida
E iba transformando todo
Desde el trigal a las viñas
Aunque eso me llevaba
Directo a la tumba fría
Y a la muerte y al infierno
Aquello que más temía.

¿Qué se hicieron mis amores
Aquellos que yo quería
Cuando te negué tres veces
Y me alejé de tu vida?
¿A cuál virtud yo respondo
Paliando mis sufrimientos
Si tu ausencia me ha llevado
Directo a la tumba fría
A la muerte y al infierno
Aun estando con vida?

¿Será que el Señor entiende
Que aquello que más quería
Era tenerte en mi pecho
Tu boca unida a la mía
Mientras tú te me abrazabas
Y mis entrañas gemían?

¿Será que el Señor no tuvo
Así de cerca a María
La señora que en Magdala
Su cuerpo y su alma ungía?

Pero ya es tarde, amor mío,
He ganado en la porfía
Galardones que me dicen
Lo grande de mi bravía
Que soy un hombre cristiano
Que soy ejemplo de vida
Que eras piedra de tropiezo
Y te aparté de mi vida
Que cuando te codiciaba
Ya era cosa prohibida
Pero que culpa fue tuya
Por crear expectativas
Y que si tú estás sufriendo
Será porque merecías
La soledad y el silencio
Y el exilio en la campiña
Que mujeres como tú
No sufren en demasía
Porque pronto encuentran causas
Que renueven su alegría
Que ya en la Antigua Escritura
Al sabio se le advertía
Que hay que apartarse del Mal

Y de mujer indebida
Que el sabio el peligro ve
Y da un rodeo y lo evita
Que una oveja que se pierda
Pues del redil se salía
Y era atrapada entre espinos
No importaba en demasía
Que aún hay cien en el rebaño
Que aquello se resolvía
Sólo sacando las cuentas
De la ganancia obtenida
Que es el Cielo y Vida Eterna
Y ángeles en compañía
Para mí y para mi esposa
Que viviremos en dicha
Por otros cuarenta años
Y hasta el fin de nuestras vidas
O hasta que el Cristo venga
Y con su Amor nos bendiga
Que tendremos el progreso
De vivir en compañía
Que nada nos ha apartado
Ni tú lo harás, novia mía,
Promesa de mi Paraíso
Ya para siempre incumplida
Y ante tantos galardones
Y tantas voces bonitas
Yo no sé por qué me siento

*Metido en la tumba fría
Y en la muerte y el infierno
Aquello que más temía*

EL CORO

En el huerto, ella tiene una jardinera donde ha domesticado una campanilla silvestre que le encantaba cada vez que la veía en las calzadas de tierra de Las Villas. Es una de esas plantas que espontánea y maravillosamente nacen, crecen, florecen y se mantienen solamente por la Gracia de Dios y dan unas flores delicadas, a veces blancas y otras, violeta. O rosa y hasta matizadas. Son parte de esos milagros cotidianos a los que las personas se habitúan y les son indiferentes y en general no los aprecian. A esa naturaleza pertenecen los versos del Pastor. Y ella no sólo lo sabe sino que hasta se lo dijo alguna vez.

VI.

Un domingo te negué ante la congregación en pleno
¿Me fijaría yo, dije, en una anciana? Las ancianas son para respetarlas, atenderlas en sus necesidades de medicinas, visitarlas de tarde en tarde para consolarlas de su soledad y

su viudez, dije (¿me fijaría yo en una vieja, quise decir, gastada a fuerza de años y pecados, maldita vieja escandalosa y cruel, ridícula, enamoradiza a sus años, vieja hechicera experta en puterías, pero ya caduca?) Y obviaba que sólo te llevo siete años y que mi esposa te lleva sólo dos. En ese momento, te odiaba ferozmente, desesperadamente, porque no estabas, porque te busco y no estás, porque un murmullo de tu desprecio me llegó, porque te imaginé como me han dicho que andas en tu otro mundo, ése que no conozco y donde me eres inalcanzable: rodeada de tus amigos en algún café de moda donde ríes y te gozas, o conectada en eso que llaman redes sociales, con esos otros amigos con los que también ríes y te gozas o comentas hasta en otro idioma, dicen, cosas políticas, o filosofías, o cosas literarias, o leyendo en tu alcoba (al lado de tu cama, una mesita llena de libros, una libreta, un vaso con lápices, la Biblia NVI, grande y pesada, hojas para anotaciones de recetas de cocina, un tensiómetro también, que todo eso pude ver cuando fui y consagramos tu casa, en presencia de tu familia más cercana: tus dos hijos, tres sobrinas y algunos amigos, en aquellos días en que aún estábamos en el Paraíso de la amistad compartida y decidiste dedicar tu casa al Señor) o escribiendo en tu computadora en la alta madrugada, como me contaste que haces, o inclinada sobre tu huerto, pues también allí te he visto, quitando las malezas con una escardilla que parece hecha especialmente para ti, rastrillando, atendiendo el compost, vigilando cada brote, cada crecimiento, cada posibilidad de plaga, cada necesidad de nutrientes (me has

dicho que oras al Señor pidiéndole que te permita ser con los otros seres humanos como eres con las plantas de tu huerto-jardín) Y te odiaba porque me haces falta, porque ni el consuelo de atisbarte de lejos ahora tengo, porque ni puedo preguntar cómo estás para no comprometer mi testimonio, porque en donde estés ignoras lo que tengo para darte: *capaz de hacerte un mundo y dártelo después*, como dice el bolero *entonces, si te encuentro, seremos nuevamente, desesperadamente, los dos para los dos*. Porque al intentar desalojarte, arrancarte como si fueras una mala hierba, encuentro que tus raíces han penetrado hasta el tuétano de mis huesos, hasta la red de mis nervios, hasta lo íntimo de mis vísceras, hasta el núcleo de mi sangre y todo duele y duele. Y me extendí negándote, anciana. Y recordaba mientras te negaba tus cabellos cortos y resplandecientemente blancoplateados, tu tez color madera clara, rojosurecida por el sol, tus ojos pardos que brillan sin cansancio ni dolores ocultos, ojos honestos y desafiantes que, de pronto, se vuelven tiernos o rientes, con inevitables arrugas alrededor, aunque tu rostro es sin arrugas, buena piel que heredaste de tus abuelas hindúes, me has dicho, tu cuello erguido sobre un tronco que te esfuerzas por mantener enderezado, orgullosamente, recordaba tu boca siempre sonrosada, hasta sin maquillaje ni labiales, porque así haces, despreocupada de esas vanidades femeniles en todo salvo en el uso del perfume, pues aún percibo tus perfumes donde se siente también lejanamente el almizcle de tu sexualidad, y recordaba la curva de tus senos pequeños en el cuerpo tan esbelto aún, tu cintura, las poderosas ancas que conservas y

que me hablan alto y claro de amantes pasados, y tus piernas que adivino sedosas y tus pantorrillas aún firmes por el ejercicio cotidiano del huerto y las caminatas, y que a veces dejas ver, cuando te pones falda y no pantalones, no siempre, has aclarado, pues no te gustan ni faldas, ni vestidos (pero te he visto, tan bella, tan elegantemente trajeada, hasta para mí, en mi obsequio, el día aquel de la vigilia de las primicias) Y recordaba tus manos sin anillos, uñas cortas y limpias, manos que ya acusan la vejez, porque siempre se nota por allí el desgaste, y recordaba tus pies la única vez que los vi desnudos, cuando llegaste descalza al servicio porque un zapato se te rompió en el camino y hallaste más fácil seguir caminando sin zapatos hasta el templo por la calle de tierra arcillosa que regresar a tu casa para buscar otros, así de desenfadada eres, maligna, tan impudica y sensual, sin saber lo que me hiciste sentir, provocadora, que quizás sabías de mi anhelo fetichista tan oculto, al ver la desnudez de los pies, tus uñas teñidas de rosado claro, porque quizás no eres tan inocente, o sí lo eres, intuitiva, y es como peor que puedas intuir todo de mí y yo tan poco sepa de ti, y recordaba, sobre todo, tu forma de ser tan activa, inteligente y chispeante, tu risa soterrada y picardía, tu manera de caminar, como si el mundo fuera tuyo, la reserva que a veces despliegas, cuando quieres alejarte de la gente, tu forma de ser devota en el servicio, con los ojos cerrados, orando y cantando, o atenta a la predicación de la Palabra, y los meandros donde te escondías de mi expresividad y mi creciente pasión por ti. Y te odiaba y hubiera querido matarte, que el Señor te

fulminara con un rayo que solamente dejara de ti algunas cenizas. Sí, he deseado tu muerte para ver si así tu recuerdo me deja en paz. Y aún te odio.

EL CORO

Cuánto dolor hay en el odio. Cuánto amor en el dolor.

VII.

Te negué porque me negaste *¿yo, enamorada del Pastor?* dijiste, escribiste en una carta cuya copia me fue entregada y que he leído muchas veces, has dicho, supongo, por ahí, supongo que riendo. *Claro que no, pues mi amigo Luis Guillermo, a quien comenté estas peripecias,* escribiste, poniendo en evidencia mi sospecha de que todo esto te ha servido para reír con tus amigos a mi costa y a costa, tal vez, de la congregación porque no fuimos sino una anécdota más o menos divertida para contar en algún momento, anécdota que perderá importancia gradualmente con el tiempo, a menos que llegues al descaro de hacer con esto literatura: una crónica, una obra de teatro: algo que otros, muchos otros, ajenos a todo esto, pudieran leer, y hasta ver: un guión de telenovela, o de película, porque dicen que todo eso es posible en la INTERNET. Somos una anécdota que luego sólo te servirá cuando estés con una o dos nietas arreglando la ropa del gavetero, para distraer lo que será, eso sí, el ocio relativo de la vejez o de la enfermedad. Y continuaste *me dijo que el amor*

es enajenamiento, es decir, desposeerse de sí, transmitir al otro el dominio propio, extasiarse, embelesarse, turbarse la razón por causa del otro, al que se desea pertenecer por entero, al que se necesita prácticamente para vivir, al que se desea integrarse para formar una unidad, pues ya ves que sé consultar un diccionario y que lo consulto a menudo, y que sé lo que quisiste decir cuando dijiste que no, que no estabas enamorada del Pastor, que no estabas enajenada, que sólo estuviste así a los 17, cuando tu primer novio *te enajenó*. Pero yo, sí. Yo sí, maldita. Yo, sí.

VIII.

A menudo me he preguntado por qué una persona se enamora de otra, así, sin quererlo, de repente. Porque yo estaba feliz con mi vida y mi matrimonio. Desayuno, almuerzo y cena. A veces, merienda. Los domingos, sopa después del servicio. El mismo menú, año tras año. Navidades y Pascua de Resurrección. Eventualmente, Pentecostés, aunque nada especial. No había necesidad de comprar ropa nueva, ni de pensar en perfumes. Con los ojos cerrados, podía ejecutar todos mis actos cotidianos y recorrer el camino de la casa a la iglesia sin perderme. Tocar los mismos acordes en la guitarra y cantar los mismos himnos. Quizás probé algunas veces a escribir los míos y cantarlos, pero sin muchos afanes. Hasta que llegaste y me trastocaste los signos. De pronto, tuve la exigencia de buscar

otros colores, otros sabores, otros olores. Hasta otros himnos. Me sentí fatalmente urgido por superar la penuria auto infringida durante 40 años. De cara a un optimismo de locura, di por hecho que nadie notaría el súbito desenfreno que me llenaba tanto de gozo como de angustias. Llenaste mi vida de colores, de globos de colores. Y, sin embargo, a pesar de la dicha que regalaste, sabiéndolo o no, te he separado de mi vida. Te he separado de mi vida, he dicho y repetido que no te quiero, ni quiero verte, ni recordar que existes, ni quiero nada de ti. Espero, muy en el fondo, espero, repito, que comprendas que fue necesario que yo actuara así, radicalmente: ¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Montar un engaño que nos involucrara a todos en la comedia más absurda, la del **V Círculo del Infierno**, la de los adulteros y lujuriosos? No podíamos vivir abiertamente lo que sentíamos y no servimos para el fingimiento. Y hubiera sido vivir esclavizados de los cuerpos: añorar *la próxima vez* al cabo de unos días, a veces sólo de unas horas: sólo pensar en *la próxima vez* repitiendo la imagen de nuestros cuerpos enlazados, engarzados, que borrara todo lo demás. Vivir por los contados minutos semanales en encuentros secretos, quizás imposibles. Y, además, está nuestro ser cristianos y la sensación moral de que estaba mal, y eso terminaría por hacernos sentir culpables de la felicidad que ansiábamos y que pudiéramos encontrar. Incansablemente he estado orando y ayunando y vigilando, rogando por recuperar mi propio dominio después de aquel miércoles terrible y del escándalo y de todo lo que pasó y sigue pasando en mi casa

y en mi templo y en mi ser y el Señor me ha dicho, por medio de Isaías: *-Si te refrenas de hacer tu voluntad y me honras no siguiendo tu propio camino ni buscando tu voluntad, ni hablando por hablar, entonces hallarás tu deleite en mí. Yo, el Señor, te llevaré a las alturas de la tierra, y allí te daré a comer de la herencia de tu padre Jacob.* Así que me he de apartar del pecado que tú representas, porque entiendo que Dios está celoso de ti, porque eres la más exacta denotación del pecado que he podido encontrar, porque me tentaste con tu sola aparición y pusiste a prueba mi fortaleza, que debo reencontrar en el desierto. Como dijiste, estoy casado y soy un hombre apartado, dos cosas imposibles de olvidar, o de obliterar, así que tengo que borrarte de mi vida y hacer de cuenta que nunca te encontré, nunca te vi, nunca exististe: ésa será ahora mi voluntad, coincidente con la de Dios. Aunque todo se me ha vuelto una pesadilla recurrente en la cual debo siempre fingir siempre siempre siempre mentir a otros mentir en el púlpito mentir en el atrio (desde donde oteo la calle a ver si por casualidad decides volver a la iglesia) mentir mientras estoy a la mesa, cenando alguna cosa ligera antes de irme a refugiar a la alcoba donde a veces me quito la máscara. Mentir y andar temeroso por las esquinas, por si te aparecieras de repente y no supiéramos qué decir, dejar de mirar por la ventanilla del bus donde viaje porque no sé qué haría si te veo caminando por la acera. Mentir y mirar de soslayo a mi familia, a la esposa que el Señor me ha dado, y que me otea como la gavilana que es, con su pico hiriente y sus garras afiladas.

Y sí, renuncio a ti, renuncio de una vez y para siempre, para poder llegar a ser otra vez mi propio dueño.

EL CORO

En cada uno de nosotros habitan los ejércitos eternamente antagónicos del Maligno y de Dios y el alma es el campo de batalla donde se enfrentan. La angustia que deriva de esas batallas es abrumadora

IX.

Paradójicamente, las veces que creí tener alguna evidencia de que era correspondido fueron cuando dejaste de mirarme en los servicios, pues presentía, más bien sentía, que de alguna forma me mirabas. Y aun así, no puedo estar seguro de nada ¿era una atracción más o menos vigorosa lo que sentías? ¿Ya no sientes nada por mí? ¿No te inquieta el recordarme, ni te desespera no verme, como me desespera a mí? Si supieras, si tan solo atisbaras en esto que siento, este dolor que ni siquiera puedo describir por verme privado de manera tan inflexible de unos placeres que eran tan totalmente inocentes y quizás por eso tan potencialmente peligrosos: palabras sin decir, gestos, caricias sin concreción, sonrisas que se cruzaban con placer inenarrable, y miradas, a veces. Y eso, lo que tú veías. Porque no podías ver mi anhelo febril de esperar tus mensajes, de leerlos y releerlos, la expectación de felicidad que me hacía ir al servicio, Dios

mío, ahora lo entiendo, no por servirle a Él sino por verte. Y mi corazón me impulsaba (muy secretamente, aún lo hace, no creas, aunque lo asfixio para que no siga latiendo ese latido) a esperar una respuesta que nos acercara para siempre, que nos permitiera vivir lo que vivíamos honestamente y sin secretos, yo quería permanecer en ti, porque eras la deseada, la amada, aunque razonaba que no era posible y me conformaba con la solución parcial de habitar ese territorio separado de toda lógica donde tú y yo nos encontrábamos dos veces a la semana. Por primera vez, por primera vez, he visto y he sentido una pasión tan profunda, volátil y desatada que podría destruir todo lo que se cruzara en su camino.

Entiendo la locura de todo eso, como también entiendo eso de que todo Paraíso, para serlo, debe ser un Paraíso perdido... Siento que vivo, mujer, una especie de épica moral, pero no sé contra quién lucho mis batallas: a veces, te veo como mi adversaria, como una del partido de Satán, y, por ende, una que enfrenta al Señor. Otras, me siento en lucha contigo, culpable de mi ser, pues tengo que reconocer que fui yo el primero, fui yo el iniciador, que tú no me incitaste sino me respondiste (lo que no te hace menos culpable ¿o sí?) Y hay oportunidades en las que me siento Jacob en lucha contra un Ángel del mismo Dios: probado hasta más allá de mis fuerzas por un Dios que juega con nuestras vidas, quizás por una apuesta, como con Job.

¿Debo decirte que a veces soñé con que las cosas nos eran diferentes? ¿Debo decirte que fantaseé que la muerte nos liberaría de toda traba? ¿Debo decirte que quise a veces arrostrar lo que viniera por tenerte conmigo y tenernos, sin importar lo que pasara con el mundo en torno nuestro? Ay, mujer, así actúa el Diablo: mintiendo, matando, destruyendo. Y hoy, en medio de las tormentas que crecen y decrecen, estoy consciente de que todo eso que ahora me parece tan ruin y doloroso y desdichado será la prenda que deberé rescatar en el último día, cuando afronte el Juicio, y que quien me guiará hacia la salvación serás precisamente tú, la que ha perdido su camino, la que me ha lanzado equívocas señales para hacer que yo lo perdiera, porque en el rechazo que de ti hago ahora reside precisamente mi virtud. Y es tu rostro el que reconoceré en el del Ángel que hará sonar la trompeta o en aquel otro que, atentamente, revisará el Libro de la Vida. La gota de luz que aflora en cada pecado y en cada abyección no es otra cosa sino la redención.

EL CORO

¡Tanto que se pierde! ¡Tanto que se pierde! En cada vida humana se va formando una masa inmensa con lo que se pierde. Y todo lo perdido permanece en cada vida en tanto que perdido, en tanto que olvidado, y únicamente por eso, para siempre inolvidable. Pero ese caos informe de lo perdido

y olvidado no es cosa inerte. Por el contrario: actúa en cada quien con la misma fuerza de los recuerdos, si bien de una manera distinta. En el interior de ese caos se construye el texto de lo inolvidable y se traduce ese texto a la lengua de los ángeles. De allí, su irremediable ambigüedad. Ahora, el Pastor mira en su interior: el puesto del fondo está vacío: no hay nadie más allí, y, por las ventanas del salón de su alma se divisan sólo tormenta y vértigo. Y soledad.

X.

Tomaré la cicuta hasta el fondo, no importa lo amarga que ella sea. Inventaré algún modo para vivir sin ti, estoy seguro, aunque sea este ejercicio cotidiano del odio o del desprecio o de las heridas de palabras que te duelan y me duelan. Y al renunciar a ti, la imposible, la inexorablemente amada, estoy renunciando también a los horizontes que me habías abierto y que fundamentaban mis esperanzas. Por eso me estoy marchitando, me voy pasmando lentamente, me voy refugiando en las rutinas que me sirven como el hilo tutor, o la vara, sirven a algunas plantas de tallo endeble. Nunca más me cruzaré en tus rutas: si eligieras el Norte, caminaré hacia el Sur. No puedo verte, no puedo verte y permanecer cortés e indiferente, como estoy seguro de que tú lo harías. No quiero verte y que me trates con tu残酷 llamada cortesía. Si te llegara a ver, y he oído decir que estás más bella si eso cabe, que has comprado ropa nueva, seguro

con los diezmos que ahora no das, y que esa ropa te queda muy bien porque has adelgazado, y luces linda, y que no te has cortado el cabello, como alguna vez te pedí que hicieras, que lo llevas en melena, y que te reúnes con tus amigos por ahí, en cafés y pizzerías, y que te han visto soniente, hablando con choferes de transporte público, con dependientes del mercado, con vigilantes y cajeros del banco, y mesoneros y con quien se te antoje , y la pastora Jacqueline me dijo, con ésa su sinuosidad de carcelera moral, que mientras yo interiormente me preocupaba por si sufrías, tú andabas con otro hombre al que llamaste *mi amor* en público, en el bus, y ella te vio y te oyó, y me pregunto quién es ése que usurpa un nombre que sólo a mí debería corresponderme, digo, si me amaras, y si yo te viera todo mi ser interior te gritaría con saña: *puta puta puta te cogen en la Plaza Pública, contra el muro del Mercado, y por dos dólares*, para vengarme de ti por no tenerte, y mi ser exterior te gritaría: *vete, maldita serpiente tentadora, no te quiero ver en mi congregación, ni que te cruces en mi camino, porque me has hecho sufrir y has hecho sufrir a mi esposa, aunque tú y yo sabremos siempre cuál es la verdad de ese asunto*. Mi pobre esposa que hasta compró un perfume de Factory para tratar de oler como huelen tus perfumes importados, y que trató de vestirse como tú hasta que le pedí que no lo hiciera. Voy a pedir que no te nombren más en mi presencia, porque además no sé por qué lo hacen, y voy a prohibir que mencionen tu nombre, y ya no pisaré nunca los lugares que tú visites. Y no sólo, amada mía, maldecida, te quiero apartar por mi propia salvación, sino también por la

tuya, ya te lo he dicho y eso creo de verdad, eso me alivia: porque Dios seguramente hará grandes cosas también en tu vida, a medida que yo me voy hundiendo en el ocaso, como un barco fantasma que navegará entre mares y mares, pero jamás llegará a un puerto donde se le espera.

(¿Y tú? ¿Serías capaz de esperarme en ese puerto, aunque tarde en llegar o jamás llegue? ¿Qué te ha dicho Dios *a ti*? ¿Será posible que te haya señalado otro amanecer posible, otra aurora, una especie de compromiso a futuro, aunque eso implique, ay, un dolor para otros? ¿O será que también me borrarás de tu mente, borrarás la invocación de mi cuerpo, borrarás lo que sentiste y has sentido, inéditamente, me dijiste alguna vez, en aquella única noche que compartimos juntos, la vigilia, por mí? ¿Ya no dirás que yo cambié algo en tu vida y me reivindicarás en tu recuerdo, aunque sea por eso? Quisiera rogarle: *no me olvides no me olvides no me olvides* aunque sea injusto hasta pensarlo. ¿Cómo resistes tú mi ausencia? Porque yo tengo el corazón lacerado y como si estuviera en carne viva.)

Ah, Señor, Dios del Universo, de todo lo visible e invisible, Dios que nos hablas de amor y nos constriñas con tus leyes, te prometo que me mantendré tan lejano de ella, de esa mujer abominada y tan amada que el amor que he vaciado en su vida como el aceite en un ánfora estará condenado a derramarse estérilmente por mis manos y hasta la roja tierra que piso. Pues reconozco que he llegado al punto de amarla por sobre todo lo demás. Su fúlgido rostro me persigue, su imagen me acompaña hasta en los sitios más hostiles al amor y yo, en el extravío, a veces dudo aún si es para perderme o para salvarme. Ella es el fruto del Árbol que prohibiste. Ella es flama, Señor, y te doy gracias, Señor, por apartarme. Ignoro el alcance de esta forma de apartamiento, el dolor lastima y voy por la vida casi muerto, pero reconozco, Dios, que Tú estás siempre en todos mis puntos de partida, envolviéndome: que Tú me escogiste y me diste ministerio: que Tú eres el brazo ejecutor de toda vida y por eso mismo dueño absoluto de la mía: que Tú estás más elevado que esa cosa que llamamos *Destino* y nos impulsa en ocasiones: que de nada sirve negarte o esconderse de Ti, pues siempre harás cuanto te plazca: que eso que llaman *libre albedrío* es una forma de la falacia: que ciertamente una vez *ellos* comieron el fruto del árbol del Bien y del Mal para condenación y luego enviaste a Tu Hijo Jesús para que nos redimiera de aquel pecado derramando Su Sangre hasta morir, pacto sangriento y doloroso y necesario, indispensable más bien, para salvarnos, y entonces ¿cómo nosotros podremos negarnos a dejarnos la piel del corazón

sobre las piedras de Tu Altar justificado para cumplir así Tu Voluntad? Y no habrá otro Salvador, otro que interceda ante Ti (sin embargo, quizá Él sí comprendería e intercedería: amigo de amigos: abogado nuestro)

Y, mientras esto digo, con toda la convicción y la fe de lo que soy capaz, sintiendo cómo me desgarro en muchos trozos por dentro, todos sangrando con la sangre del espíritu, escucho en el patio de los vecinos a Marco Antonio Solís:

Te juro que nadie más
Te amará como yo
Mas hoy por ti mi pecho arde
Porque me duele decirte que
A ti he llegado tarde

Aunque no te vuelva a ver
Quiero que sepas que haré
Por ti mi viaje sin boleto
Y en la distancia siempre serás
Mi eterno amor secreto

EL CORO

A pesar de lo que se ha dicho sobre las responsabilidades y las culpas, es preciso reafirmar que cada juicio corresponde siempre al individuo y no a un grupo, ni a una congregación. Una congregación se compone de valientes y de cobardes, de sabios y necios, de santos y canallas. Ellos, los dos, lo saben, aunque no se atreven a admitirlo. Así, cada uno plantea un discurso edificante destinado a los más limitados. Y ni siquiera eso: pues ellos sólo se justifican, buscan ser excusados y ni siquiera tienen el valor de someterse a la conmiseración por sus tristes y abyectas vidas, ambas desperdiciadas. Pues encontraron algo realmente memorable y lo desecharon y lo necesitarán y lo extrañarán para siempre.

ÉXODO

152 Milagros Mata Gil: **El Acoso**

EL CORO

Dentro de doce, o quince años, el Pastor leerá en una de las redes sociales de entonces, o se lo comentarán en la iglesia, que esa mujer que lo acosaba murió en algún lugar de Europa, tal vez en Irlanda, cuando ya iba finalizando el invierno más riguroso en muchos años, y que sus cenizas fueron repatriadas, por expreso último deseo, y espolvoreadas en el huerto-jardín que creara. En todos aquellos años jamás habrán vuelto a verse, a pesar de que la iglesia Tierra Prometida quedara a escasas cuadras de la casa de ella. Y tampoco se habrán visto, ni siquiera casualmente, en las calles de Las Villas, o en Santa María. Será como si decididamente se hubieran mudado a otro espacio que los hará invisibles el uno para el otro. Su esposa se habrá cuidado de auscultarle el teléfono para que no le llegaran posibles mensajes de los que ella llamaba “cantos de sirena”, y él habrá accedido a que se establecieran a su alrededor controles y alcabalas y vigilancias casi policiales. Su esposa le habrá hecho saber, cordialmente, claro, que otro desliz semejante implicaría que debería abandonar la casa conyugal, alejarse de sus hijos y hasta de su ministerio, y que sería repudiado por todos.

*No será por esa amenaza por lo que el Pastor
habrá decidido la radical retirada sino por la propia
convicción de que la situación era imposible, maligna
y pecaminosa. Por eso mismo se irá alejando de la
tentación de escribir el libro que soñara en algún
momento y circunscribirá todas sus predicaciones al
pequeño y humilde púlpito de Tierra Prometida y a
sus veinticinco o treinta y cinco ovejas, en su templo
aún en construcción, aunque alguna vez pensara,
más bien soñara, en una iglesia como el Madison
Square Garden donde él cantaría y llevaría la
reflexión de la Palabra y los miles de fieles allí
congregados lo acogerían, miles de conversos se
acercarían, enfermos sanarían y todos aplaudirían al
Señor por medio de él, como ella, la acosadora, la
tentadora, le había sembrado en la imaginación.
Pero sólo serán fantasías. Su esposa terminará por
vivir itinerante y nómada entre las casas de sus hijas
y nietas, ayudando en partos y enfermedades
infantiles, harta, según ella, de sus frecuentes
melancolías y sus súbitas cóleras, y él pasará solo la
mayor parte de los días y las noches, orando,
ayunando, vigilando, pidiendo al Señor que le
concediera el don de hacer milagros de sanación
incluyendo la restitución de órganos perdidos (y el
Señor callará)*

Después de aquellos sucesos, el Pastor sentirá que su corazón se marchitaba cada día, pues había probado algo que necesitaría para siempre y le era inalcanzable, y habrá cifrado toda su esperanza en que el Señor lo ungiera con aquel don, que se le habrá convertido en obsesión, que el Señor se lo diera como recompensa, más bien resarcimiento, por lo que perdió. Pero el Señor habrá callado. Durante mucho tiempo, vagó lloroso, desorientado, desamparado, buscando con mirada mortecina alguien a quien pedir consejo, esforzando el oído, con desesperación, esperando que Dios dijera alguna palabra a su espíritu. Pero no escuchó ninguna. Prácticamente relevado de toda gestión pastoral debido a su edad y su salud, que se habrá vuelto precaria, con múltiples dolencias respiratorias y de la columna vertebral y una irritación nerviosa persistente, a veces él recordará en los forzados ocios, que ella le prestaba libros y compartía con él sus pensamientos: que ella lo escuchaba en aquellos brevísimos meses en los que soñaron con el Paraíso: que ella le creyó capaz de ser más de lo que hasta entonces fuera, porque, ella le dijo, él tenía los dones. Buscará en la red los detalles de su muerte y encontrará que fue tranquila y también algunos retazos de su biografía, destellando entre condolencias de amigos, familiares, iglesias cristianas y gente política e intelectual, un mundo donde fue

muy apreciada. Hace tiempo habrá sabido que escribió varios libros de teología sencilla y uno de relatos breves, y todos los consiguió y leyó subrepticiamente. Habrá sabido también que tuvo muchos triunfos como escritora y conferencista. No faltarán quien la llame Marquesa de Villegas y que señale el linaje de su casa, emparentada con los Shelley. No habrá menciones a lo que pasó en su iglesia y su congregación.

Decidirá encaminarse esa tarde hasta su calle y esperará a que las luces del ocaso, púrpuras y anaranjadas, sean apenas una línea. La calle estará bien iluminada. Se sorprenderá por los cambios: encontrará una edificación de dos pisos, abierta a los vientos, estructura metálica donde predomina el aluminio, se identificará con un letrero basculante que funcionará como imposta:

***Refugio de Aves: Casa de Paz
Pentecostal.***

Isaías 54:1-8

Ya le habrán hablado al Pastor de aquella iglesia, provista de muchos adelantos tecnológicos: biblioteca virtual, cinemateca de películas edificantes, un sistema avanzado de parlantes. Allí funcionarán escuelas de liderazgo y de oratoria y de música y talleres de escritura, como ella había pensado alguna vez para su congregación, pero él nunca habrá querido ver todo aquello. Detrás del edificio, tenuemente iluminados, estarán el plantío de cítricos del cerco vivo y el huerto en propiedad (¿quién se cuidará del huerto ahora que ella ha muerto?) Al lado del edificio habrá una casa, apenas visible entre una cerca amurallada con troneras de rejas. Sobre el muro, habrá letras doradas y el dibujo de un árbol. Esta casa, pequeña y como de muñecas, de raro

diseño, tendrá una entrada lateral que comunicará con la iglesia, donde ella se habrá refugiado. Y luego habrá otra casa, grande, la que él conoció y consagró, y que fue para su hija y la familia de su hija. Aspirará el aire perfumado de azahares y tierra mojada, verá las innumerables trinitarias asomándose por la cerca del frente y en la brisa sentirá que ella le habla al oído y roza su mano: ella estará allí, plena de vida, sus cenizas mezclándose en la tierra, esperándolo, como quizás siempre lo esperó, pues eso sentirá.

Parado allí, junto a un muro alto revestido de piedra gris donde, dirá: **Ésta es la Tierra Prometida**, revivirá los breves días de su vida con ella, que ahora habrá dejado de existir, que ya no será nunca más una esperanza (pues eso fue durante todo este tiempo: una esperanza de amor y redención, de felicidad aunque fuera tardía, reconocerá, con el llanto incontrolable que le brotará como un manantial) ¿Cómo fue posible, se preguntará, que tan breve tiempo transmutara tanto?

*Él hizo lo que creyó justo ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Lo que creyó justo y responsable: fue una lucha entre la carne y el espíritu que es devorador de la carne, para alcanzar la alta cúspide que Jesús alcanzó ¿Fue justo, no obstante, condenarla a morir? (aunque, vistos los hechos, esa especie de muerte, la de haberla separado drástica y cruelmente de él y de la congregación, había resultado en vida y vida en abundancia: porque ella siempre fue una semilla. Y quizás aquella iglesia que seguramente ella diseñó y creó como si fuera una extensión de su huerto-jardín: la voluntad que ella tuvo de seguir sirviendo al Señor **con sus conocimientos y sus bienes**, como dijera, como hizo la Magdalena, resultó de su personal deslastramiento y su renuncia y a él se debía) Una mujer lo había amado sin pedirle nada a cambio de su amor y él la sentenció, o ayudó a sentenciarla, a la ignominia y la vergüenza. Una mujer había creído en él, había pensado que él tenía extraordinarios dones, inclusive había creído, contra toda lógica, que le sería posible regenerar los órganos dados por perdidos, como él le confesó que deseaba. Y él no pudo tan siquiera otorgarle a ella una regeneración en su congregación, reconociendo las fallas que se cometieron y las injusticias. Porque no hubiera sido difícil permitir que ella siguiera congregándose, aunque siempre con el estigma de ser*

*una pecadora, una quasi adultera, y hubiera podido aceptar su ayuda, aceptarla como ayuda, hacer crecer su iglesia y su misión **con ella**, a su lado, aunque alejándose de la tentación que podía representar (¿hubiera sido posible?) Y ahora, la felicidad que le estaba destinada estaba perdida, la tuve en mis brazos, pensará, se abrazó a mí, tierna y dulcemente turbadora. Pero yo fui irreflexivo y me aparté. Una mujer había asumido sobre ella todas las culpas y responsabilidades para salvarlo y, al hacerlo, salvó además a todos aquellos que la acusaron y la execraron. Porque ella lo amó de verdad. A pesar de que tal vez con ello hubiera podido salvarse, no le traicionó. Mientras soportaba su desgracia y los insultos, sólo se preocupó en él. Seguramente pensó en esos cuentos de hadas en los que el príncipe convierte a la indigente en su princesa: tal vez secretamente esperó: ahora él aparecerá, ahora mismo él vendrá y se detendrá ante mí y todo este horror habrá sido tan sólo una pesadilla. Y nisiquiera se derrumbó cuando fue obligada a cruzar la frontera sin que él hubiera hecho nada por impedirlo.*

Sin embargo, como Él trabaja para los justos, fue, en su momento, recompensada. Pero cuánto de aquella última promesa de felicidad en el amor se le convirtió a ella en dolor y soledad con aquel gesto.

Pues nunca más creyó posible que otro prodigo de amor le sería concedido. Y eso fue prácticamente lo último que él supo de ella por el decir imprevisto de una amiga en común. Supo de su inmenso sufrimiento, de su dolor inmenso, de la renuncia que hiciera a toda forma de la ilusión cimentada en un amor de pareja, aceptando que se había cerrado su ciclo de amores, aunque aún palpitan su cuerpo y su corazón, aceptando que jamás volvería a amar así, en cierta manera siéndole fiel a él, alcanzándolo en cierta manera con su fe, que transformaba eriales en jardines.

Y ahora, junto al muro alto y el huerto que ella diseñara, creara y amara, estará él, el desterrado de la felicidad y de la vida. Y verá cómo su moral resultó finalmente un inútil papel amarillento y reseco resquebrajado por el tiempo y por el sol. Bajo los faroles del alumbrado público y la plateada luna en creciente, él esperará unos instantes, escuchando. En las casas vecinas estarán vivos los rumores cotidianos. La casa como de muñecas estará a oscuras, vacía de su dueña, y en la casa grande, una mujer de larga cabellera, vestida con una bata que quizás sea blanca o celeste, se sentará en la mesa con un muchacho al que ayudará, quizás, con la tarea.

Intentará imaginar cómo se paseaba ella por allí, cómo trabajaba la tierra y atendía su huerto; intentará recordar su rostro, su modo de andar; su voz, su cuerpo. Pero sólo rescatará rasgos aislados, chispazos, breves resplandores. Ella será apenas destello impreciso. Él sabrá que si en algún lugar rondaba su espíritu, tenía que ser allí, pero él no podrá conjurarlo: los espíritus aparecen sólo cuando no son llamados. Allí, mezclada con la tierra yacerá aquella que le había ofrecido una felicidad sin límite y una excitación salvaje, y ahora no era más que polvo y ceniza, fango y agua.

Él tratará de oír, bajo todos los rumores de aquellas vidas alrededor, el paso de ella en el huerto. En su delirio, él pensará que ella está allí, que se mueve entre las plantas. Amorosamente. La oirá en el semillero circular atisbando las plántulas. La sentirá acercarse a la verja desde donde él mirará: verá su rostro canela y atezado y sus ojos ardorosos, olerá sus perfumes, aquellos inolvidables, sentirá su calidez, el toque gentil de su mano en la mejilla, en la boca, el aleteo del beso que se negaron: casi podrá ver su sonrisa. Sabrá que es un espejismo, una imagen etérea, un delirio: sabrá que ella está muerta. Pero, aun muerta, ella estará en este instante viva para él de un modo mucho más ardiente a como jamás lo estuviera.

Cuánto, cuánto la amó. Cuánto la ama todavía, a través de oleajes de tiempo, distancia y olvido. Y sabrá, ahora con plena convicción, que quien lo guiará hacia la salvación será ella. Y será su rostro el que reconocerá en el del Ángel que suene la trompeta o en aquel otro que revisará el Libro de la Vida. La gota de luz que aflora en cada pecado y en cada abyección no es otra cosa sino la redención. Y sabrá que habrán sido siempre, aun sin verse, dos cuerpos en un solo organismo errante por el universo. La eternidad más absoluta. La energía del verdadero amor.

Por la calle verá pasar una pareja de jóvenes enamorados: la visión de aquellos amores triviales pero libres, lo desesperará: le carcomerá dolorosamente entonces su concepción de la pureza y la santidad, que finalmente fueron y son solamente convenciones. Hubo más gracia, más misericordia, más justicia, más libertad, más amor: más cristianismo, en ella. Entenderá la cita de Isaías en el letrero: en efecto, a la vista está que más fueron los hijos de la abandonada que los de la casada y que tuvo que ensanchar su tienda.

Regresará lentamente a su casa, caminando al paso tardo de su ancianidad. Se detendrá aún bajo un farol, cuando pase por la entrada de su pequeña iglesia y esperará allí unos minutos. Aceptará entonces algo que leyó hace tiempo y guardó para siempre: y es que cuando todo lo demás se apaga, te traiciona y desaparece, cuando te lo arrebatan todo y finalmente te derrota el implacable avance del tiempo, lo que queda es la llama del amor que se abrigó un día, que arde en el cuerpo hasta el momento de la muerte. Ya no podrá oírla a ella, ni sentirla. No oirá nada. Ni siquiera cómo le brota el llanto, mansamente. Ni siquiera cómo el corazón le golpea el pecho, implacable. La noche será de un silencio perfecto. Y sentirá que se habrá quedado absolutamente solo.

Como Próspero, diremos ahora, todos y no solamente yo:

Nuestra fiesta ha terminado.

*Los actores eran espíritus
y se han disuelto en aire, en aire leve,
y, cual la obra sin cimientos de esta fantasía,
las torres con sus nubes, los regios palacios,
los templos solemnes, el inmenso mundo
y cuantos lo hereden, todo se disipará
e, igual que se ha esfumado mi etérea función,
no quedará ni polvo.
Somos de la misma
materia que los sueños, y nuestra breve vida
culmina en un dormir.*

Se va oscureciendo el proscenio.

Los coreutas nos retiramos.

El Tigre, Venezuela, abril-noviembre de 2019

EDITORIAL ÍTACA C.A.



La Editorial Ítaca es un proyecto que surgió naturalmente de las experiencias personales y profesionales de sus socios. Puestos ante la necesidad de editar, publicar y promocionar sus libros y los de amigos escritores talentosos, y teniendo audacia conocimientos tanto del mercado editorial como de los procesos, comenzaron a idear y planificar la empresa.

Los socios previeron las vastas posibilidades que las circunstancias están abriendo a emprendimientos de esta naturaleza, así como las crecientes necesidades que se están generando en áreas como la educación, el arte, la literatura, la gestión empresarial y otras áreas que solicitan la publicación como herramienta de expansión y difusión.

Asimismo, se analizaron las condiciones de las tecnologías y la influencia de las redes sociales para comenzar a generar una editorial de libros digitales (eBooks) que prestara además servicios de promoción y asesoramiento a los autores que requirieran sus servicios.

El nombre y el ideario provienen del poema de Constantin Kavafis,

ÍTACA.

*Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca
debes rogar que el viaje sea largo,
lleno de peripecias, lleno de experiencias.
No has de temer ni a los **lestrigones**
ni a los **ciclopes**, ni la cólera del airado Poseidón.
Nunca tales monstruos hallarás en tu ruta
si tu pensamiento es elevado, si una exquisita emoción
penetra en tu alma y en tu cuerpo. Los lestrigones y los ciclopes
y el feroz Poseidón no podrán encontrarte
si tú no los llevas ya dentro, en tu alma,
si tu alma no los conjura ante ti.
Debes rogar que el viaje sea largo,
que sean muchos los días de verano;
que te vean arribar con gozo, alegremente,
a puertos que tú antes ignorabas.
Que puedas detenerte en **los mercados de Fenicia**,
y comprar unas bellas mercancías: madreperlas,
coral, ébano, y ámbar, y perfumes placenteros de mil clases.
Acude a muchas ciudades del Egipto
para aprender, y aprender de quienes saben.
Conserva siempre en tu alma la idea de Ítaca:
llegar allí, he aquí tu destino.
Mas no hagas con prisas tu camino;
mejor será que dure muchos años,
y que llegues, ya viejo, a la pequeña isla,
rico de cuanto habrás ganado en el camino.*

*No has de esperar que Ítaca te enriquezca:
Ítaca te ha concedido ya un hermoso viaje.
Sin ella, jamás habrías partido;
mas no tiene otra cosa que ofrecerte.
Y si la encuentras pobre, Ítaca no te ha engañado.
Y siendo ya tan viejo, con tanta experiencia,
sin duda sabrás ya qué significan las Ítacas*

COLECCIONES

CÍCLOPES Y LESTRIGONES (Crónicas y relatos)

*Los lestrigones y los cíclopes
y el feroz Poseidón no podrán encontrarte
si tú no los llevas ya dentro, en tu alma,
si tu alma no los conjura ante ti.*

LOS MERCADOS DE FENICIA (Poesía y lecturas de Poesía)

*Que puedas detenerte en los mercados de Fenicia,
y comprar unas bellas mercancías*

BIBLIOTECA DE ÍTACA (Ensayos e historia)

*No has de esperar que Ítaca te enriquezca:
Ítaca te ha concedido ya un hermoso viaje.*

PERSÉFONE (Novela)

Perséfone era la personificación de la renovación de la tierra en primavera

EL PUNTO AZUL (REEDICIONES)

BIBLIOOTECA VIRTUAL JOSÉ PULIDO

BIBLIOOTECA VIRTUAL MILAGROS MATA GIL

LIBROS PARA NIÑOS

LIBROS DEL PUERTO (*Libros de temas diversos: educación, emprendimientos, cocina, salud*)

OPUS (*Una vez al año, publicaremos un libro para difundir temas religiosos cristianos*)

CONTACTO

Para servicios y ventas

Teléfonos: +58 424-8267473, +58 414-3153993

En Facebook somos EDITORIAL ÍTACA C.A

En Twitter @c_Itaca

<https://editorialitaca.blogspot.com>

editorial.itaca.56@gmail.com

MILAGROS MATA GIL

Caracas, 1951.

Narradora, periodista y docente investigadora en el campo de la Literatura. Egresó del Instituto Pedagógico de Caracas en la especialidad de Castellano, Literatura y Latin. Miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua desde 2011. Ha publicado varios libros de narrativa: "Estación y otros relatos" (1986), "La casa en llamas" (Premio FUNDARTE de Novela ,1987), "Memorias de una antigua primavera" (Premio Planeta Venezolana de Novela "Miguel Otero Silva, 1989), "Mata El Caracol" (1991), "El diario íntimo de Francisca Malabar" (Premio Mariano Picón Salas de Novela, Univ. De Los Andes, 1993) Ensayos: "Balza, el cuerpo fluvial" (1985), "Los Signos de la Trama" (1991), "Tiempo y muerte en Alfredo Armas Alfonzo y José Balza" (1993), "El pregón Mercadero" (1997) entre otros. Desde muy joven ha escrito y publicado artículos de opinión, reportajes y entrevistas en diversos diarios regionales y nacionales de Venezuela Actualmente, escribe en websites y revistas on line como Letralia, Ablucionistas y Actualy.es.

El Acoso es una novela de 2019. En ella se plantea el conflicto moral, religioso y humano de una pareja de tercera edad, integrantes de una iglesia: un pastor y su feligresa. Hay en ella, en pleno siglo XXI, la sensación de asfixiante persecución que refleja una novela emblemática como es "La letra escarlata", de Hawthorne, así como las relaciones de poder que regulan con cierta perversidad, ciertas instituciones eclesiásticas

